

BÉSAME
ANTES
DE QUE
TE



OLVIDE

KARMEN ALBERCA

BÉSAME ANTES DE QUE TE OLVIDE

KARMEN ALBERCA

© Karmen Alberca, 2020

Primera Edición: Agosto de 2020.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático para su uso comercial.

PERSONAJES

Erika:

Mujer independiente, médico de familia, amante de la música, sensible y fuerte a la vez. Con una autoestima malograda por las figuras masculinas que han marcado su vida, su novio Raúl y su exigente padre Adolfo Giménez. Acostumbra a escapar de su realidad viajando siempre que puede. Es una morena de ojos verdes con buena figura, que siempre a cuidado su dieta y su forma física.

Raúl:

Hombre de 33 años, que ha heredado el bufete de su padre. Atractivo, obsesionado con el aspecto físico, va al gimnasio cinco días a la semana. Amante de las marcas de lujo. De carácter dominante, le gusta ser el protagonista en sociedad, el novio en la boda y el muerto en el entierro. Un encantador de serpientes que seduce con su sonrisa.

Patri:

Intima amiga de Erika, empresaria del calzado por casualidad. De las dos empresas de su exmarido le correspondió una en el reparto de bienes de su divorcio. Sin hijos y divorciada a los 36, conoció a su marido en la empresa donde trabajaba, a sus 22 años y resultó ser el propietario. Quince años mayor que ella, tenía prisa por casarse, así que dos años más tarde celebraron un bodorrio con carruaje y orquesta en un bonito cortijo. Ahora, catorce años más tarde, solo piensa en pasarlo bien con hombres más jóvenes que ella. No quiere ataduras, ni proyectos de pareja. Sus doce años de matrimonio, aunque empezaron bien, acabaron en tediosa y aburrida soledad, justificada siempre por importantes reuniones de empresa, que acabaron teniendo forma de mujer.

Mujer rubia, de curvas sensuales y acostumbrada a vestir de forma sexy.

Lucia:

Joven ginecóloga de 31 años de edad, amiga de Erika desde su infancia. Doctora de éxito que ama la belleza, le da igual si es femenina o masculina. Se reconoce bisexual de nacimiento. Promiscua por naturaleza. Aunque en este momento tiene una pareja estable. Conoció en Cortina de Ampezzo a una profesional del esquí alpino con la que mantiene una romántica y liberal relación. Mujer seductora, con rasgos exóticos. De educación muy liberal. Sus padres se conocieron en la India, en un retiro espiritual y acostumbraban a pasar sus vacaciones de verano en una casa de montaña, situada junto a un lago, donde practicaban el nudismo. Para ella el sexo es como el comer, una necesidad básica en el ser humano. No tiene tabúes. El sexo no tiene género, es su lema.

Tiene un canal de YouTube donde enseña a las mujeres a disfrutar plenamente de la sexualidad.

Isidro:

Ayudante de Raúl y su preparador personal. Abogado que colabora en el bufete. Un gran comercial al que los amigos llaman Isi. Le gusta la noche, el dinero y los deportes de riesgo.

CAPITULO 1

Erika y las expectativas paternas

*...En realidad, usted fue siempre una imagen. La imagen que yo creé a partir de un conjunto de
anhelos, de deseos incumplidos, de pequeños fracasos..*
(Mario Benedetti)

Me levanto cada mañana a las seis porque a mi padre le parece lo idóneo para triunfar en la vida.

Mi padre, un abogado de éxito, que estaba empeñado en que hiciese la carrera de derecho. La niña de sus ojos, le salió rebelde. No seguí sus deseos. No cumplí con sus expectativas. Él me quería en su prestigioso bufete de abogados. Yo me debatía entre la música y la medicina. Cuando le hablaba de mis inquietudes musicales, siempre respondía con gesto de desaprobación: —Eso no es un trabajo—. La música solo podía ser un hobby, un pasatiempo, un complemento en mi pija formación. Y si le hablaba de mis inquietudes científicas, tampoco le agradaba. Los médicos suelen acabar haciendo muchas guardias para llegar a fin de mes, acostumbraba a sentenciar. También me gustaba viajar y pensé en dedicarme a organizar viajes de aventura. Cuando le comentaba esta posibilidad, solía enfadarse y me contestaba que solo tenía pájaros en la cabeza.

Daba igual lo que le propusiese, nada le encajaba, nada le gustaba. Lo mejor para mi era la carrera de derecho. Ya tenía el bufete en marcha, con grandes clientes. Pero yo me dormía cuando cogía uno de sus libros. Eran aburridos. Y yo me preguntaba qué clase de ser humano tenías que ser para estar años empollando leyes. Desde luego yo no estaba diseñada para ello. No quería terminar en manos de un psiquiatra tomando antidepresivos, por dedicar mi vida a hacer algo que no quiero. Así que a los dieciocho me largué a un pisito de estudiantes después de hablar con mi madre.

Mujer que jamás se opuso a mis deseos. Ese mismo año se divorció de mi padre, se hizo vegetariana y comenzó a practicar yoga cada día. Tan solo me hizo una pregunta: ¿Porqué no te vas a vivir con Raúl?

Raúl, mi novio desde los diecisiete. Hijo del mejor amigo de mi padre y socio del bufete. Lo que se dice un buen chico. Él sí, estaba dotado para las leyes. Y tenía muy claro que eso era lo que quería ser en la vida, un abogado de prestigio, como su padre.

No, no me fui con Raúl a mis dieciocho, porque el no estaba preparado para eso. Me dijo que tenía miedo de que a los veinte y tantos, estuviésemos cansados de vivir juntos. Y, ¿donde estoy ahora?, ¿en los veinte?, no. Cumpliré los treinta y dos dentro de un mes. Terminé la carrera de medicina, pude viajar algo por Europa. Pero no he podido cumplir todavía mi sueño de dar la vuelta al mundo. Aprendí a tocar el saxo y Raúl y yo seguimos enamorados, al menos a ratos.

Hemos hablado de boda durante años, y por fin hemos puesto fecha. Lo más extraño es que no sé si es lo que quiero, desde hace algún tiempo nuestra relación es rutinaria, nuestras conversaciones escasas, el móvil siempre está entre nosotros. Y nuestras amistades empiezan a decirnos que nos estamos hermanando. Raúl siempre se enfada cuando escucha este comentario y acostumbra a responder siempre con la misma frase: —Eso sólo podría pasar si, viviésemos juntos, y no, no vivimos juntos. Gracias a esa estrategia mantenemos viva la llama del amor—.

Sinceramente, a veces tengo la sensación de que estoy tirando mi vida sentimental y sexual al

cubo de la basura, aceptando sus estrategias. Pero la verdad es que no me imagino con otro hombre, llevamos juntos desde que tenía 17 años, y hemos pasado buenos momentos juntos. Y lo más importante, voy a casarme. Hemos roto en tres ocasiones en estos catorce años. Siempre volvemos tras dos o tres meses de pausa. En esos espacios de reflexión, me imagino que Raúl tendría sus historias, es un hombre muy atractivo y joven, no se lo reprocharía. Me parece lo más natural. Yo, intimé con un profesor de la facultad, con Mario. Un hombre casado y con cuatro hijos. Poco a poco, se convirtió en algo más que un amigo con derecho a roce. Era y sigue siendo mi confidente, mi coach y mi venganza personal contra Raúl, porque siempre ha sido él, quien ha decidido dejarlo, —necesito tiempo para pensar, no estoy seguro de lo nuestro—. Frase que he llegado a odiar y que forma parte de un ritual que se ha repetido las tres veces: Cena en una pizzería, casi sin hablar, mirando más a su móvil que a mi, me deja en la puerta de casa, y de despedida sin mirarme, agacha la cabeza y dice la famosa frasecita: —necesito tiempo para pensar, no estoy seguro de lo nuestro—. Lo que viene después, también se repite: —No eres tú. El problema soy yo. Tú eres una mujer maravillosa. No te merezco. Necesito sentirme libre. Y no sé lo que quiero—. La última vez, no dije nada. Antes de que acabase la primera frase me bajé del coche. Una hora más tarde, tenía el desgastado guión por escrito en mi móvil. Tan sólo le respondí: —MADURA—. Tres meses más tarde, nuestros padres, socios del mismo bufete de abogados, organizaban una comida familiar con trampa, una cita a ciegas donde volvíamos a reencontrarnos. Volvíamos a reír, y él como siempre perfecto hasta lo repugnante, me dijo: —Te he echado de menos, no le encuentro mucho sentido a la libertad si no estás tú, y he madurado. Quiero casarme contigo. —La verdad, es que me convenció. Me estaba proponiendo matrimonio, sentados en el jardín del chalet de mi padre. Me quedé sin palabras.

—No me vas a responder, dime algo. Si es un no, lo entenderé, soy un capullo, inseguro y estúpido que no ha sabido valorar lo que tiene. No me doy cuenta de cuanto te necesito hasta que no estás. Empezamos muy jóvenes con lo nuestro, y a veces he tenido la sensación de haberme perdido parte de mi adolescencia. Ese estúpido pensamiento, era solo una ilusión. Tuve algo mucho mejor que las libertades y locuras de adolescencia. Te tuve a ti. He madurado y no volveré a fallar.

Raúl cuando argumenta, convence, es un buen abogado. Y me convenció. La semana anterior me había estado acostando con Mario. Y después de aquel discurso, me convenció. Le dije que sí. Al día siguiente llamé a Mario, y le dije que nuestros encuentros no podían continuar. Sorpresa inesperada, Mario me respondió, —estoy pensando en dejar a mi mujer por ti—. Le expliqué que no se termina con una persona por otra. Se termina cuando la relación se acaba entre ambos, cuando todo es rutina y ya no te alegras de despertar junto a esa persona. Le expliqué que un hombre que adora a sus cuatro hijos, que necesita verlos cada día, y cuando el mayor de ellos tiene doce años, no va a romper su matrimonio. Mario se encontraba en plena crisis de los cuarenta. A sus cuarenta y cuatro años, se estaba acostando conmigo, doce años más joven que él. Acostumbraba a decirme que conmigo se sentía vivo, que le había devuelto la alegría de vivir. Bonitas y tristes palabras, cuando vienen de un hombre casado y con cuatro hijos. Finalmente lo entendió. Nuestros encuentros y llamadas se terminaron. Volví con Raúl y ahora sentía que podía ser diferente, que podríamos construir un futuro juntos, si es que eso existe. De lo que, si estaba segura, era de que quería ser madre y como siempre en las tres interrupciones de nuestra relación, había echado de menos a Raúl. Todos tenemos crisis en nuestras relaciones, y es cierto que a veces son definitivas, tan cierto como otras son sólo etapas que nos sirven para aprender sobre nosotros mismos. Momentos que nos ayudan a conocernos mejor, y si tras la crisis, ambos se echan de menos, y sienten la alegría y la atracción en el reencuentro, en esos casos la crisis habrá

servido para madurar y consolidar los lazos sentimentales entre ambos.

A mi padre y a mi suegro les salió bien la encerrona. Ambos celebraron nuestro beso del reencuentro en el jardín, como dos viejos zorros, con risas picaronas, un whisky de malta y un puro cubano.

Mi padre se caracteriza por su tenacidad, se pasó años insistiendo sobre la carrera de derecho, terminé la de medicina y en lugar de felicitarme me dijo: —Ahora que ya has terminado con tu capricho, porqué no te pones con algo que te permitiría vivir más dignamente, como la carrera de abogada, con esa capacidad que tienes para aprender, llegarías a juez con facilidad—. Mi padre siempre insiste en eso de ser una persona de provecho en la vida. Nunca he sabido muy bien que es eso. Cuando terminé la carrera, creí que ya era una persona de provecho. Pero no, para mi padre nunca llegaré a serlo. ¿Por qué? Porque nunca cumplí sus expectativas. Hay muchos tipos de trastornos obsesivos. Mi padre tiene el suyo. Pero le quiero, con sus rarezas y sus obsesiones. Y sé que él me quiere a mí, con más pasión de lo que es capaz de expresar. Su estricta educación, le tejió una armadura, idónea para enfrentarse a cualquier situación jurídica, nefasta para expresar sus sentimientos.

CAPITULO 2

Los preparativos de la boda

La vida es muy simple, pero insistimos en hacerla complicada
(Confucio)

Es sábado, la semana ha sido dura. Demasiados pacientes por hora en el centro de salud. No me apetece nada levantarme ya. ¿Por qué tuve que quedar para desayunar con mis amigas? Patri, siempre tan puntual. Habituada a sus citas de negocios no soporta un retraso. Y después, comenzar a buscar un vestido para la boda. Va a ser un largo día de shopping center, comprar y comprar. A veces siento que todo esto de los preparativos de la boda, me resbala. Hubo un tiempo en que soñé con ello. Me lo imaginaba como el principio de un estado de armonía y felicidad con Raúl. Creo que la culpa es de él. Si mi novio no fuese tan dominante y exigente con las cuestiones de sociedad, él quiere ser siempre el protagonista. Quiere supervisar todo hasta el detalle. Ayer me repitió ocho veces que le fuese enviando una foto de cada vestido que me fuese probando. No sé si le quiero, o si dependo de él. ¡Joder, pero que estoy pensando! ¡Qué me voy a casar con Raúl! No sé, si esto es normal, tener dudas antes del SI quiero. Creo que me estoy dejando influenciar por mis amigas. Una divorciada, resentida y una ninfómana bisexual.

Miro el móvil, Patri ya me ha dejado la primera advertencia del día, a las siete y media de la mañana. Anoche no hubo ni chico bueno, ni malo:

—Porfa, no me seas capulla, y sé puntual. Estoy hambrienta. A las 9 te quiero en la cafetería. Recogeré a Lucía en media hora. De ese modo evitaremos esperarla durante su media hora de rigor. Se habrá pasado la noche follando, la muy cerda, lo tiene más fácil que nosotras. Le da igual gallo que gallina.

—Ya estoy levantada. Es evidente que ni tú, ni yo, hemos tenido una noche loca.

—No me lo puedo creer. ¡Me has respondido en menos de cinco minutos! ¿Estás bien?

—¡No, tengo sueeeñooooo!

—Esto te pasa, por casarte, ya te avisé. Dí adiós a tus libertades.

—Voy a vestirme que llego tarde.

Llego a la cafetería, y por primera vez soy la primera.

A los cinco minutos, entra un mensaje:

—Estamos buscando aparcamiento.

Se acerca el camarero, limpia la mesa, sus ojos van directos al escote de mi camiseta blanca con cuello pico. Cuando me mira, se da cuenta de que le estoy mirando a él y se ruboriza por que le he pillado mirándome las tetas. Me pregunta que deseo. Tiene unos ojos azul mar y unos labios carnosos.

—Café con leche, zumo de naranja y tostada.

—¿La tostada, con qué la desea?

—Pues, con...aceite y tomate rallado. Gracias

Le observo, tiene unos brazos bien musculados, un culo tonificado. Y estará en los veinte y cinco. A Patri, no se le escapa.

Patri y Lucía entran riéndose, al llegar a la mesa, me miran. Y como siempre Patri tiene que

hacer su crítica:

—Una camiseta blanca, vaqueros y unas zapatillas Nike blancas. ¿Para entrar en las tiendas más pijas y elegantes?

—Tengamos la fiesta en paz, en cuanto veas al nuevo camarero, te vas a olvidar de mi atuendo.

—¿Nuevo? ¿Dónde?

—Me está preparando el desayuno.

—¡Qué cerda eraes!, la primera vez que llegas pronto, y te toca el camarero buenorro.

—Te recuerdo que después del desayuno nos vamos a buscar un vestido para mi boda.

—Ya, ya. Pero te has fijado en él.

—Reconozco que el chico tiene algo.

En aquel momento apareció el camarero, silencioso como un ninja, con la bandeja en la mano. Colocó el zumo, y al dejar el café con leche en la mesa, me miró a los ojos fijamente:

—Ten cuidado, está muy caliente. La tostada estará enseguida.

—Gracias.

—¿Qué desean?

—¡Patri, Lucia! os están preguntando que queréis.

—su número de teléfono, dijo Patri.

El camarero sonrió, con una dentadura perfecta, blanco nieve. Su sonrisa era cautivadora y a mis amigas les congeló el habla.

—Chicas, es para hoy. ¿Vais a desayunar o no?

—Lo mismo que tú, dijo Lucía

—Yo también tomaré lo mismo, concluyó Patri.

Mientras se alejaba hacia la barra nuestro hombre, nos quedamos las tres mirándole el culo. Nos miramos y empezamos a reir.

—¿Habéis visto qué culo?, dijo Lucía.

—Menudo paquete marca. ¿Os habéis fijado en su bragueta? Replicó Patri

—¿Es que ninguna le ha mirado a los ojos?

—¿A los ojos? Contestó Patri

—Tiene unos ojos azul mar, que te desnudan el alma cuando te miran.

—¡Hija qué cursi estás!, la boda te está afectando, tienes que hacértelo mirar por algún comeocos de tu centro de salud. Yo le diría: ¡Qué bonitos ojos tienes para follarte con amor!

—Patri, ¿cuantos días llevas sin hacerlo?

—Tres, demasiados para mí. Ya sabes qué si no lo hago cada dos días, me tenso. Es mi trabajo que me estresa. —Ya, y la cama te relaja.

—Pues sí. Probé con el yoga y no funcionó. Me ponía aún más nerviosa.

—Te comprendo, a mi con el tai-chi me pasó lo mismo. Dijo Lucía.

—¡Patri!, deja ya de mirar al camarero, que se te nota mucho.

—¡Pues!, ¿no puedo mirar lo que me salga del...?

—Vamos a centrarnos, que tengo que comprar un vestido de novia, y todavía no sé donde ir.

—¿A Pronovias? ¿A Rosa Clara?—dijo Lucía

—Chica, cómpratelo en Zara, total para un rato, después llega el divorcio, y piensas que lástima de dinero.

—Patri, tengamos la fiesta en paz. Yo no tengo la culpa de que lo tuyo no funcionase.

—Si funcionó, solo que un ratito. A cambio de un montón de años de juventud en soledad y desconcierto, me dieron una empresa de calzado, una casa y un coche.

—¿Por qué no, vamos primero a Pronovias y después a Rosa Clara?—medió Lucía

—No quiero volverme loca, mirando vestidos.

—Siempre tan pragmática.

—¿Pragmática?, mira eso no me lo habían dicho nunca, lo tomaré como un piropo.

—Déjate llevar un poco, estás muy tensa Erika—sermonea Patri

—¿Estás segura de que quieres casarte? ¿O te estás dejando llevar por la inercia del viento?

—¿A qué te estas refiriendo con el viento Lucía?

—Vuestra relación es un poco así, como el viento. Nunca sabes si soplará levante o poniente.

—Reconócelo, tu chico es como el Guadiana, aparece y desaparece con mucha facilidad.

—Estáis un poquito críticas, las dos. Me estáis animando el día.

—No te enfades, solo quería mostrarte mi punto de vista. Podría aportarte un poco de conciencia. A veces viene bien una pequeña crítica bien intencionada para salir del plano más superficial y profundizar en la realidad.

—Lucia tiene razón, lo sé por experiencia. Nos dejamos llevar por la rutina. Te dejas devorar por los horarios y una mañana te despiertas preguntándote qué has hecho con tu vida, cómo has estado tan ciega —argumenta Patri mientras mira para la barra.

Un pequeño silencio, sorprendió a las tres con la voz grave del camarero:

—Disculpád, ¿podrían apartar bolsos y móviles?

Mis amigas liberaron la mesa, el camarero terminó de servir el desayuno. Patri lo miraba fijamente, como el felino inmóvil ante la presa que ha elegido. El camarero le sonrió mirándola a los ojos cuando dejó con suavidad su taza delante de ella. Antes de marcharse hacia la barra, nos preguntó si deseábamos algo más, mirando solo a Patri. La respuesta fue inmediata.

—Lo más importante y lo único que me alegraría el día, tú número de teléfono.

El camarero sonrió de nuevo y sin contestarle se marchó a la barra.

Patri muy segura de si misma, susurró:

—Antes de que nos marchemos de compras, tendré su teléfono.

—¿Cómo lo haces? ¿No te importa lo que puedan pensar de ti?

—¿Porqué? ¿Por decir lo que siento? ¿Por expresarme de modo desinhibido? No, no me preocupa en absoluto, lo que pueda pensar de mí. Lo que piensan los demás de mí es asunto de ellos. Son personas como yo, todos tenemos deseos. El problema llega cuando no te atreves a expresarlos. ¿Qué te preocupa Erika? ¿Qué piense que soy una fresca, una guarra? ¿O que piense que las tres lo somos? ¿Qué tiene de malo expresar tu deseo de conocer a alguien que te parece atractivo? ¿Sabes que pienso?

—No, pero es evidente que me lo vas a decir.

—Pienso que tanta etiqueta en tu entorno de abogados y médicos, te ha encorsetado en tu armadura. Relájate y disfruta. Tu despedida de soltera está a punto de comenzar. Suéltate la melena, y relaja los esfínteres, que estás siempre apretando el culo.

—Se te va a enfriar el café, y la tostada— dije bajando la mirada

—¡Está buenísimo! —exclamó Lucía. Ambas la miramos sorprendidas.

—El café con leche, aclaró mientras cogía su tostada.

—No seas caprichosa, yo le pedí el teléfono antes que tú. Además, estás muy enganchada a tu último ligue.

—Para hacer un trío con una amiga siempre hay un hueco. Y mi amiga no es celosa, ni yo tampoco. Siempre nos lo contamos todo.

Patri, miró a ambas y preguntó:

—¿Cómo es posible que seáis tan distintas y os dediquéis a lo mismo? Y no, Lucía no pienso compartir el camarero contigo. Ni voy a correr el riesgo de que acabes metiéndome más mano a

mí que a él.

—¿Eso es un riesgo? Te equivocas, sería un placer para ambas.

—¿Me estás tirando los tejos?

—No, tan sólo te daba mi opinión. ¿Porqué es un riesgo?

—Porque si me gustasen más tus caricias que las de él, me ibas a fastidiar el momento zen. Y no quiero conflictos de identidad. En este momento que he recuperado mi equilibrio emocional.

Terminamos el desayuno, y fue Patri la que pidió la cuenta. El camarero le entregó el ticket. La miró fijamente y le dijo: —Mañana tengo el día libre.

Dió media vuelta al ticket y encontró su teléfono anotado, con unas palabras: —Llámame cuando quieras.

Patri sonrió triunfal, mirándonos con picardía, mientras se relamía los labios.

Por fin salimos de la cafetería dispuestas a comprar mi vestido de novia.

Toda la mañana enviándole fotos de vestidos a Raúl. A mi todos, me parecían bien, a él todos le parecían mal.

Mis amigas no dejaron de repetir un estúpido mantra:

Trae mala suerte enseñar el vestido al novio antes del día de la ceremonia. No creo en supersticiones. Y tengo muy claro, que ante todo, deseo que a él le guste.

Raúl se presentó inesperadamente en Pronovias, saludó correctamente a mis amigas y eligió el vestido que a él le gustó:

—Impresionante, estás espectacular. Este es el idóneo para ti. Tengo mucho trabajo en el bufete, no creo que podamos vernos esta noche.

Me besó castamente en los labios y desapareció sin preguntarme si aquel vestido me gustaba.

Durante la comida mis amigas criticaron ampliamente a Raúl, reconociendo, eso sí, que tenía buen gusto para elegir vestidos de novia.

—¿A qué clase de hombre se le ocurre venir a elegir el vestido de novia? Reflexionó en voz alta Lucía.

—¿A un pijo perfeccionista? Preguntó Patri.

—El solo quiere que todo salga perfecto. Dije en defensa de su asalto por sorpresa a Pronovias.

—No sé, tanto deseo de perfección, me parece raro en un hombre. Comentó Lucía.

—Raúl está habituado a moverse en círculos sociales de alto poder adquisitivo. Y sus padres son muy exigentes. Quieren la novia perfecta para su hijo.

—Si tú lo dices... Para ser tan perfeccionista, ni siquiera te ha preguntado si te gustaba. Si me hace a mi eso, cancelo el pedido del vestido, cancelo la boda y le envío a freír puñetas. Sentenció Lucía.

—No exageres Lucía, yo creo que, con cambiar el vestido, y comprarte algo en Zara, le dejas bien claro el día de la boda, que tú también existes, y que esa boda es de ambos. ¿O acaso, tú le has elegido el traje? Preguntó Patri, intentando hacer de juez.

—Yo, por el momento, no he elegido nada.

Fue en aquel momento cuando me pregunté, si era nuestra boda o era la boda de Raúl.

Por la tarde fuimos a buscar unos zapatos y complementos para el gran día. Mis amigas no me dejaron enviarle ninguna foto más. Me quitaron el móvil, y lo apagaron diciéndome: —Ya te ha dicho tu novio que tiene mucho trabajo en el bufete. —Sentenció Patri.

La tarde fue divertida, pero la pregunta: ¿Dónde he quedado yo? ¿Esta boda es un proyecto de ambos? ¿O por el contrario, es solo la boda de Raúl? ¿Soy una pieza más dentro del decorado diseñado por él?

Al caer la noche, nos fuimos a mi casa. Pedimos unas pizzas y reímos durante horas escuchando las aventuras amorosas de Patri y Lucía. Me dí cuenta de que incluso mi única aventura, resultaba aburrida en comparación con las historias de mis amigas.

CAPITULO 3

La despedida de soltera

Las personas que piensan que no son capaces de hacer algo, no lo harán nunca.
(Indira Gandhi)

Viernes por la mañana. Ya tengo casi todo preparado para ese fin de semana que a mis locas amigas se les ha ocurrido preparar. Me resistí hasta el último momento. Pero ellas saben que soy una blanda. Así que, como me he negado a pasearme por ahí con banda y camiseta con holograma de pene, me han preparado un fin de semana en Ibiza. Las tres solas.

Como Patri es así de organizada, vamos a salir un día antes y haremos noche en Denia, en el chalet de sus padres y a la mañana siguiente cogeremos el barco para Ibiza.

Aviso de mensaje, es Patri

—Reina, en quince minutos te recogemos.

—Estoy lista.

—Coge los condones que tienes del pleistoceno sin usar, ji, ji.

Mientras cierro la maleta y reviso a mi alrededor, suena el teléfono. Es Raúl, mi todavía novio. Me llama para recordarme que me lleve el capazo de Loewe que me regaló hace unos meses.

—Anda, pues no he caído, tan despreocupada yo.

—Erika, cariño, tengo que estar yo en todo.

—Bueno, ahora ya estoy con un pie en la puerta. No te preocupes que a la vuelta lo estreno.

—Disfruta y no dejes que tus amigas te hagan perder los papeles.

—Tranquilo, te quiero. Hasta el lunes cariño.

Mientras deposito el teléfono en mi bolso, un frío extraño recorre mi cuerpo. Me paralizó durante unos segundos y me estremezco. Me pregunto qué haría si no pudiera equivocarme. ¿Cómo quiero sentirme psíquicamente a los cuarenta? ¿Y a los sesenta? ¿Realmente es necesario que mi novio esté todo el día supervisando mi comportamiento en sociedad?

Tocan al timbre. Las chicas ya están aquí

—Voy enseguida, les digo por el telefonillo.

Patri y Lucia ya iban ataviadas con su look playero

—Hija, ¡qué cara traes!, que no vamos a un entierro.

—Bueno, acabo de hablar con mi novio, digo casi susurrando.

—¿Y?, tan apolillado como siempre, ¿no? —suelta Patri.

—Mujer, el chico hace lo que puede —dice Lucia.

—No se, me siento extraña, presiento que algo va a cambiar.

—¡Huy!, —arranca el coche Patri—, que estoy deseando llegar y coger ese barco. Que tiemble Ibiza —vitoreó Lucia.

Tenemos más de cuatro horas de coche hasta Denia, así que tendré tiempo de desahogarme un poco.

—Desde hace un tiempo que percibo que Raúl se ha vuelto más superficial. Si os soy sincera, siento que esa superficialidad avanza cada día y no lo soporto.

—La cuestión es que creo que tú has evolucionado en una dirección y él en otra —dijo Lucia.

—Es cierto —apuntaba Patri—. Erika, tú siempre has sido más idealista, más práctica, huyes

de los convencionalismos sociales. Practicas la medicina de un modo muy humano y empatizas mucho con tus pacientes. Raúl se ha quedado en un plano conservador, donde tan sólo cuenta la etiqueta de lo convencional. Y tiene una profesión bastante deshumanizada, donde hay que jugar a ganar, aunque no te guste el caso que estás defendiendo.

—Ejem!, ejem! —carraspeó Lucia—. ¿Y yo?, también soy médico.

—Lo sé bonita. Qué quieres que te diga si sabes que soy tu más fiel seguidora en tu canal de sexología.

—Por cierto, ¿cuándo será el próximo directo?

—En quince días. Vamos a hablar sobre orgasmos femeninos.

—¡Genial!, yo tengo un gran surtido.

—No lo pongo en duda, bicho —asintió Lucía—. Pero Erika, hay más cosas ¿no?

—¡Hum!, quizás sea la semana que he tenido. Muchas historias de insatisfacción, vacío emocional y una especialmente triste.

—¿Qué ha pasado?

—El martes atendí a una paciente que intentó suicidarse. Es una mujer joven con dos niños pequeños. Me la llevó el marido. La pobre iba casi arrastrándose, la mirada perdida y me dijo que no tenía ilusión por nada.

—Terrible, ¡pobre mujer! ¿Cómo lo hizo?, —preguntó Patri.

—Con 10 gramos de aspirina.

—¡Joder!

—Sí, afortunadamente llegaron a tiempo. No era la primera vez que lo intentaba. En realidad, me contó que sufría crisis depresivas desde pequeña. Su madre no la atendió en la infancia y ella cree que esa es la causa de su baja autoestima y tristeza. Aparte, y esa ya es mi opinión, el marido no acompaña. En realidad, la asfixia. Toda la familia la controla, la consideran una inútil e incapaz de valerse por sí misma. Hasta el punto que ella despierta cada mañana con la idea de abandonar este mundo, porque es la única salida que encuentra para escapar de esa celda en la que vive. Y llevo un par de días sin poder olvidar su angustia.

—Erika, tienes que intentar desconectar de tus pacientes, si te implicas tanto, acabarás por deprimirte tú. Busca alternativas para limpiar todos esos sentimientos tóxicos que contaminan tu carácter— le sermoneó Lucia.

—Lo sé, así que este fin de semana no sabéis lo bien que me viene.

—Yo, sí que lo sé —apuntó Patri con sonrisa picarona.

—Me voy a dejar llevar, que sepáis que solo llevo un par de tangas y unos pareos como equipaje.

—¡Por fin hija!, a ver si sales ya de la caverna de los encopetados —largó Lucia.

Son las diez de la mañana de sábado y el sol resulta ya irresistible en medio de la cola para subir al barco.

Este trayecto me recuerda mi adiós al instituto, mi primer viaje a las islas Baleares. La sensación de libertad fue una experiencia inolvidable.

Éramos adolescentes, las hormonas nos daban alas. Descubrimos aquella pequeña isla, Formentera. Fue otro viaje de chicas, muy diferente. No había ningún proyecto. Solo el momento. Desde Ibiza cogimos un pequeño barco a Formentera. Al llegar alquilamos unas bicicletas en el puerto. La isla parecía desierta, pero a pesar de eso había carteles que indicaban prohibido acampar. No teníamos mucho dinero, y pensábamos en desplegar nuestras tiendas de campaña

bajo los pinos. Le preguntamos al propietario de las bicicletas, por el motivo de la prohibición. Nos respondió, que, dado que no había ni guarda forestal, ni policía en la isla, era un modo de proteger los árboles de los riesgos de acampar, sobre todo porque los campistas hacían fuegos para hacerse la paella. Nosotras no queríamos hacer fuegos, ni paellas, sino disfrutar de la aventura de dormir en plena naturaleza, entre árboles, bajo el cielo estrellado y junto al mar.

A pesar de la prohibición, montamos nuestras tiendas de campaña entre los árboles junto a una preciosa y pequeña playa. Todo en la isla era pequeño. Una isla de 19 km. de largo y 7 km. De ancho, la podíamos recorrer cada día en bicicleta. El primer día descubrimos que nuestro lugar de residencia, nuestra playa, era nudista. No olvidaré la primera imagen de aquel lugar. Tres hombres de nuestra edad se dirigían al agua completamente desnudos. No había nadie más bañándose.

En aquel entonces, Formentera, no era muy conocida. La imagen de los tres chicos a la carrera, era de una gran belleza, no solo por el lugar, sino por sus cuerpos, que parecían esculpidos por algún escultor griego. Bien musculados, saltaban con agilidad, mientras sus miembros oscilaban con el movimiento golpeando sus carnes. Recuerdo que el más alto, se interesó por mí. El primer día que se acercó a hablar conmigo en la playa, desnudo, mostrándose tal y como llegó a este mundo. Se me erizo la piel, cuando se presentó. Tenía una voz aterciopelada y era bellísimo. A pesar de los deseos que despertó en mí, pensé en Raúl. Llevábamos poco tiempo, no podía faltar a mis principios. Soy fiel por naturaleza. Si me hubiese enrollado con aquella escultura andante, habría tenido que romper mi relación con Raúl. No habría tenido sentido para mí continuar con ella.

—Erika, ¿qué te pasa? Te has quedado cazando la paloma —Gritó patri.

—No tranquila, he tenido un sueño.

—Pues vamos a acomodarnos que tenemos un ratito de barco —apuntó Lucía

Llegamos a Ibiza tres horas más tarde y tras salir del barco con nuestro mini, iniciamos carretera hasta el bed and breakfast que teníamos reservado. Son más de las tres de la tarde y más que en una isla me siento como Laurence de Arabia en medio del desierto, ¡qué calorrrr!.

—Chicas yo me voy directa a la playa, no puedo más —dijo Lucía agonizante.

—Tienes razón, nos mojamos y ya vamos al hotel.

Tras aquel baño que hicieron las delicias de nuestros cuerpos, cogimos la habitación y nos pegamos una soberana siesta. Teníamos que estar frescas para la noche. Patri ya advirtió que ella conducía y que no traería a nadie de vuelta hasta que no le salieran ampollas en los pies.

A las doce de la noche nos dirigimos a una famosa discoteca. Patri se había encargado de conseguir unos pases de no sé que contactos, pero la cuestión es que no tuvimos que esperar.

—¿Qué bien no? Patri hija, estás en todo —le dije agradecida.

—Bueno reinas, vamos a la barra y de paso inspeccionamos el material. —Entusiasmada Lucía.

—¿Cuál de ellos? ¿Masculino o femenino?

—Pues mujer, todos, somos tres ¿no? —Sonríe Lucía.

—¡Qué miedo me dais!

Dos horas mas tarde, andaba ya exhausta, con el pelo a lo Tina Turner por la humedad de la isla y medio trompa porque me zampaba las copas casi de trago pues los cubitos se derretían enseguida y no soporto la bebida caliente. Había perdido a Lucía y Patri seguía bailando en una de las pistas de música funky con un italiano.

Salí a la terraza y me pedí un mojito. De repente alguien me sopla en la oreja. Me giré sobresaltada y... sorpresa: Darío, mi compañero y confesor de mis años de facultad.

—Pero tú, ¿que haces aquí? —pregunté sorprendida.

—Me alegro de verte Erika.

—Yo también Darío y mucho.

—Estoy con un grupo de médicos al que hemos invitado en el laboratorio para el que trabajo. Y después de la charla, tocaba un poco de desenfreno, ya sabes como son estas reuniones.

—No cambias —dije sonriendo.

—Te equivocas. Me voy del país. He dado un giro a mi vida.

—¿Cómo?

—Que dejo el laboratorio. Me paso al otro lado de la medicina.

—¡Joder!, menudo notición en medio de este desmadre.

—A todo esto, ¿con quien estás?, no veo a tu brillante novio por aquí.

—No, estoy con aquella rubia que baila descontroladamente y Lucia. Escapada de chicas.

—Lo pillo, has roto otra vez con Raúl ¿no?

—Me caso.

Darío se atraganta con la bebida.

—¡Coño! ¿Tanto tiempo hacía que no nos veíamos?

—No sé. —Bufé yo.

—Oye, yo ya no aguanto este calor y estas copas aguadas, vámonos a la playa. Te sentará bien un baño, que se te pase la trompa que has pillado.

—¡Um!, pues no sé si me puedo fiar de ti.

—Ya te he dicho que he cambiado. No temas no permitiré que seas infiel a tu futuro marido.

En plena noche y con una luna llena que hubiese despertado el romanticismo de cualquiera, encontramos una cala de ensueño, donde parecíamos los únicos habitantes del planeta.

No llevábamos bañador. Darío fue el primero en desnudarse. Comprendí porqué tantas chicas en la universidad, hablaban de él. Era una escultura andante, de gran masculinidad. Un verdadero objeto de deseo para cualquier mujer que no tuviese miedo de un big size.

—¿No te vas a bañar, doctora?

Creo que, en ese momento, estaba admirando su perfil, entre otras cosas, cuando escuche de nuevo:

—¿No te apetece bañarte?

—Si, si claro.

Deje caer mi blanco vestido ibizenco. Tan solo llevaba un pequeño tanga. No sé porqué dudé por un instante, entre quitármelo o no. La naturalidad de Darío me empujó al nudismo lunar. El agua tenía un cierto punto entre la calidez y la frescura.

Hablamos de nuestros años de universidad, del trabajo, de viejos amigos. Me sorprendió saber que él lo sabía casi todo de mí. Yo, sin embargo, apenas nada de él. Sentí la curiosidad de saber, si había alguien que ocupase su corazón. Me contó su última experiencia. Demasiado compleja para mí. Un triángulo entre dos mujeres y él. Una relación triangular, llena de pasión y lujuria, en la que los tres acaban entendiéndose sin que los celos fuesen capaces de dinamitar el vínculo que se creo entre ellos. Tal vez la luna, la calidez del agua o en si, mi desinhibida imaginación, comenzaron a actuar como afrodisíacos. Era el momento de cambiar de tema.

—¿Por qué te vas a China?

—Quiero aprender el otro aspecto de la medicina.

—¿El otro aspecto de la medicina?

—El energético. Tengo un buen amigo que trata determinadas patologías mediante la acupuntura.

—¿Y funciona?

—Sus resultados son sorprendentes. Me siento atraído por ese aspecto de la medicina. ¿Y tú? ¿Vas a quedarte en tu centro de salud?

—No esta mal. Formo parte de un buen equipo. ¿Porqué dejaste de visitarnos? Me dijo un compañero tuyo que pediste un cambio de zona.

—Envidiaba demasiado a Raúl.

—¿A qué Raúl?

—A tu novio de toda la vida.

—Venga ya, déjate de bromitas seductoradas.

—No es broma, fuiste mi amor platónico desde primero de carrera. Eras la novia perfecta. Te idealicé. Pero estaba tu Raúl. Tenías pareja.

—Éramos unos críos. Todavía teníamos algo de acné, sobre todo tú, Darío. Con esa edad éramos muy enamoradizos.

—Entonces no he madurado, han pasado quince años y seguimos en la misma situación.

—Me prometiste que me ayudarías a ser fiel. No soy de piedra Darío. No me lo pongas más difícil. Siempre fuiste mi mejor amigo, me refugié en ti casi siempre que tenía un problema. Y tú siempre estabas ahí.

—Es tu despedida de soltera, y te la estoy estropeando. Será mejor que nos vayamos a dormir. Está amaneciendo.

Darío me acompañó hasta mi hotel, nos despedimos con un abrazo y un beso que no pude evitar, si dura tres segundos más, hubiese ardido la fina tela de mi vestido.

Decidí regresar un día antes por no encontrarme de nuevo con Darío. Necesitaba alejarme de él, no estaba preparada para el despertar de una libido casi dormida, y menos con mi mejor amigo. Besarle para olvidarle fue un acto de sadismo contra mi misma. Besar para olvidar es incongruente y absurdo. Aquel momento fue lo mejor de mi despedida de soltera. Y a fin de cuentas, un beso y un abrazo, no cuentan como infidelidad.

CAPITULO 4

La confesión del novio

La felicidad también consiste en lo que dejas ir por tu propio bien
(Coco Chanel)

Regresar a la rutina de cada día es lo que menos me apetece ahora. Todo sea por un futuro con Raúl.

Regresé un día antes de lo esperado, echaba de menos a Raúl o necesitaba saber si me alegraría el reencuentro. Durante días no hemos podido contactar, la mala cobertura en la isla, su teléfono con tono de ocupado, y su último mensaje:

—Espero que te estés divirtiendo, pásalo muy bien pero no te enamores de otro que nos vamos a casar.

Le respondí: —¿Y si lo utilizo para el sexo? Por supuesto sin apego, sin amor, sólo la búsqueda de la satisfacción fisiológica.

No me contestó y el mensaje sigue como no leído. El viernes por la tarde Raúl nunca trabaja, es extraño que no leyese el mensaje. El está siempre pendiente de su teléfono. Le daré una enorme sorpresa llegando el domingo por la tarde. Necesito sus caricias, necesito verle, necesito hacerle el amor.

Cuando llegué a su apartamento la luz del dormitorio estaba encendida. Esto es telepatía. ¿Le habrá llamado Patri para avisarle de mi llegada? Subí en el ascensor, arreglándome el escote, el pelo y la minifalda hippie que compré en un mercadillo de Ibiza. Al abrir la puerta, entré silenciosa por si estaba dormido para tumbarme a su lado y despertarle con mis besos. La lámpara del salón estaba encendida, una botella de cava abierta con dos copas me hizo pensar que la sorpresa me la había preparado él.

—Patri no sabe mantener un secreto —pensé.

Empecé a desnudarme dejando caer mi ropa por el pasillo, al abrir la puerta ví a Raúl tendido en la cama boca a bajo. Me tumbé con suavidad a su lado. Parecía dormido. Le acaricié las nalgas con dulzura, y Raúl susurró: —No has tenido bastante Isi, date otra ducha y déjame descansar, estoy agotado.

En ese momento pregunté, como una estúpida colegiala:

—¿Isi? ¿Qué Isi?

En aquel preciso instante, Raúl saltó de la cama gritando:

—¡Tú!, ¿Qué haces aquí?

—Solo quería darte una sorpresa.

—Es evidente, que me la has dado.

En aquel momento se abrió la puerta del baño. Un reprimido grito afeminado nos interrumpió. Isidro, su fiel ayudante y entrenador personal apareció tapándose con una mano sus atributos masculinos y con la otra la boca. Solo se me ocurrió decir: Hola Isi, ¿cómo estás? El shock postraumático me dejó paralizada. En tal estado de sideración, que por unos minutos me sentí incapaz de decir una palabra y menos aún de moverme. Estaba en una habitación con dos hombres completamente desnudos que no sentían el más mínimo interés sexual por mí. Acababa de llegar de Ibiza, y había desperdiciado la oportunidad de disfrutar de mi despedida de soltera con

plenitud y una libido desbocada por el reencuentro con el mejor amigo que he tenido, en una calita de ensueño a la luz de un bello plenilunio.

Raúl comenzó a vestirse, Isi se puso una toalla a la cintura y puso su camisa por encima de mis hombros con la intención de taparme. Miré la camisa, el chico tenía buen gusto para la ropa. Si me hubiesen dicho que aquella camisa era de mujer, me lo hubiese creído. Me levanté muy despacio, le devolví su camisa, dándole las gracias y fui en busca de mi ropa. Me vestí y regresé a la habitación. Se estaban terminando de vestir cuando les pregunté: —¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo me acuesto con Isi?

—¿Desde cuándo eres homosexual?

—Creo que desde mi adolescencia.

—¿Y todos estos años conmigo? Fueron solo teatro, para darle gusto a papi.

—No, me enamoré de ti. Y durante algún tiempo pensé que no era homosexual. Que mis experiencias adolescentes fueron solo un modo de descubrir la sexualidad. Contigo me olvidé de aquellas experiencias.

—¿Y desde cuándo con Isidro?

—Con Isi, nos hemos encontrado furtivamente, en plena libertad y sin compromisos.

—Como terapia a demanda, supongo.

—Era mi despedida de soltero, creo que soy bisexual. Sigo deseando casarme contigo.

—Raúl, sal del armario y madura. Disfruta del amor furtivo y en libertad sin mí. No quiero acabar convertida en la mujer florero de un gran abogado que no tiene clara su identidad sexual. No fui yo la que te pidió que nos casásemos después de la última ruptura sentimental. ¿Por qué, me convenciste para creer de nuevo en ti? ¿Casarnos? Querías un proyecto de futuro conmigo, ¿o era con Isi, con quién querías casarte? Y no te atrevías a salir del armario, a decírselo a papá.

—En las despedidas de soltero todos cometemos errores.

—Yo no he cometido ninguno, y tuve la oportunidad.

En aquel momento intervino Isi: —Creo que, si solo soy un error, será mejor que me vaya. Herido en mi dignidad.

—Espera Isi, yo también me voy.

—Os estáis comportando como niños. Vamos a hablar como adultos. —Yo fui la primera en salir.

Isi me pidió perdón y se despidió avergonzado diciendo: —Siento haberte estropeado la boda.

—Creo que mi relación con Raúl hace ya años que estaba congelada. No fue culpa tuya. Esto forma parte de una crisis existencial causada por ser fiel a unos principios que no me permitían ver la realidad. Tal vez tú me estés proporcionando la oportunidad de reencontrarme con la vida.

—Ahora entiendo porque Raúl te admiraba tanto y no quería dejarte.

—Gracias Isi.

—Adiós.

CAPITULO 5

Una nueva vida: La ciencia como refugio

No se desarrolla el coraje al ser feliz en tus relaciones todos los días. Se desarrolla el coraje al sobrevivir tiempos difíciles y desafiando la adversidad
(Epicuro)

Los días pasaban entre nuevos libros, los mensajes de Raúl en mi móvil permanecían sin abrir. Sus llamadas se repetían cada día. No contesté a ninguna, había tomado una decisión y no deseaba enfrentarme a su retórica, quizás por esto, salí huyendo aquella noche en la que descubrí su homosexualidad, o su bisexualidad. Raúl cuando habla convence, su dialéctica es implacable, nunca pierde un caso. Y yo, no sé ya lo que siento. Las palabras de Lucía: —Todos somos bisexuales en algún momento de nuestra vida —acuden a mi recuerdo en un intento inconsciente por rescatar mi relación con Raúl. Realmente me da igual con quien se acostase. Lo que me duele es su infidelidad. Nos íbamos a casar. Yo nunca lo hubiese hecho, no hubiese soportado herirlo.

He pensado cambiar mi número de teléfono, pero es absurdo, lo conseguiría con sus artes de investigador como abogado. A veces pienso en llamarle. Yo estuve a punto de ceder ante los encantos de Darío en aquella calita ibicenca. Si lo hubiese hecho, ¿qué diferencia habría habido?

Mis contradictorios pensamientos me aturdían.

Encontré refugio en mi trabajo, en mis pacientes. Intenté descubrir que le había interesado tanto a Darío de la Medicina Oriental. Me compré algunos libros de acupuntura. Quizás él, al igual que yo, buscó refugio en la ciencia, en la razón.

Esta crisis vital me está permitiendo conocerme mejor. Estoy descubriendo que apenas sabía nada de mi misma. Mi pensamiento crítico e indagador se atrofió cuando conocí a Raúl. Mi dependencia hacia él estaba asfixiando mi rebelde espíritu. En determinadas situaciones es cuando descubrimos lo poco que sabemos de nosotros mismos y despertamos. La realidad, que no queremos aceptar, nos abofetea, y pensamos: —como fui tan tonta—, como no lo ví antes. Después es esa conciencia de lo vivido, la que te da una patada en el culo y te empuja de nuevo a la vida.

En el centro de salud, una no tiene tiempo de pensar en nada. Hay poco tiempo por paciente. Tienes que estar muy centrada en tu trabajo. Esto me era de gran ayuda para evitar las tentaciones telefónicas. Los buenos recuerdos vividos con Raúl eran un peligro. Aparece la inseguridad. Te haces preguntas tontas como: ¿Fue culpa mía? Piensas en la edad, pasar la barrera de los treinta y verte camino de los cuarenta, es un pensamiento que te hunde a ratos en las miserias del fracaso sentimental. Por fortuna, mis compañeros de trabajo, me apoyaban invitándome a todos los festejos posibles. Me apunté a todos los cursos en formación continuada que proponía la industria farmacéutica. Formé parte de un grupo de trabajo que realizaba un estudio en hipertensión arterial. Me leí de nuevo el Harrison. Comencé a experimentar con la acupuntura. Me ponía a mi misma las agujas, para aprender a localizar bien los puntos. Cada aguja me recordaba a Darío, el recuerdo de su imagen, aquella noche de luna llena en la cala, despertaba mi deseo. Un agradable calor recorría mi cuerpo. Me descubrí una noche masturbándome con su recuerdo. Me detuve por un segundo. Pensé en llamarle. Al terminar me levanté, y me puse a buscar su perfil en Facebook. Al entrar en su Facebook, me sorprendió una foto de la cala donde estuvimos, era solo una foto del lugar, con aquella luna llena.

Bajo la foto, Darío había escrito: —Si estas mirando esta foto, es que de algún modo no has olvidado aquel beso, lo que significaría que no te has casado. Si es así, espero volver a verte pronto. Finalmente decidí profundizar en el estudio de la acupuntura en un Hospital de Hanói. Me encuentro en Vietnam, y en mi pequeño apartamento hay sitio para ti. Aquel beso mantiene vivo tu recuerdo en mi alma, y no me permite olvidarte. Tengo pensado volver a España, dentro de un mes, cuando caduque mi visado. Por si esto te queda muy lejos, y quisieras volver a ver a este ignorado enamorado, que durante años se ha sentido perdido, hasta aquella noche en la que nos besamos.

Un abrazo y un beso como el de aquella noche para ti, Erika.

Las piernas me temblaron por un instante. Aquel mensaje me produjo una pequeña tormenta de sentimientos. Por un lado, la alegría. Darío me recordaba. Por otro un cierto temor. Habían sido años viviendo engañada y no me apetecía entregarme en cuerpo y alma a ninguna nueva relación. Deseaba experimentar con mi nueva libertad. Manejar las situaciones sentimentales sin dejarme dirigir por nadie, sin compromiso y sin olvidarme de mi misma.

CAPITULO 6

Amigas al rescate

Quienes no se mueven no notan sus cadenas
(Rosa Luxemburg)

Aferrarse a la persona amada es una forma de automutilación emocional. Encaminarse por el sendero de la complacencia del otro te sumerge en un laberinto delirante hasta el punto de caer en la dependencia patológica.

Yo le aceptaba tal como era, aunque eso implicaba que a veces tenía que destruirme a mi misma para satisfacerle y con el tiempo desarrollé una asepsia emocional.

—¿Cómo pudiste vivir estos años con un ser que constantemente corregía tus imperfecciones?
—pregunta Lucía con cierta intriga

—No sé, creo que en mi vida hay muchos anclajes emocionales... Quizás tenía la esperanza de que un día se produjera una metamorfosis. Y mira que yo le besaba a ver si la rana se convertía en príncipe, pero no había manera —todas nos reímos de aquel comentario.

Ahora me alegro de haber despertado de esta cuarentena emocional. Miro al horizonte y sigo pensando que lo mejor sigue estando detrás, quiero emocionarme, llorar, reír y sentir cada experiencia que pueda vivir. Quiero ser perfectamente imperfecta y quiero, sobre todo, quiero enamorarme.

—Pues antes de enamorarte otra vez, porque no te relajas, olvidas la mala experiencia y disfrutas un poco de tu libertad —sentenció Patri, dándose aires de experta en la materia.

—Como tu ginecóloga y amiga te recomiendo que le quites el candado de propiedad exclusiva a tu vagina y le permitas respirar otros aires y disfrutar de otros... nutrientes.

—¿Me estás tirando los tejos, Lucía?

—Jamás aprovecharía una situación de debilidad emocional para ligar con una de mis mejores amigas. Además, últimamente disfruto tanto de gallo, como de gallina. Solo te estoy aconsejando que disfrutes de la vida. Llevas semanas encerrada entre libros y pacientes. Hay vida más allá de tus responsabilidades como doctora. Compensa la balanza. Cambia de aires.

—¿Qué quieres que me vaya a Hanói?

—¿A Hanói? ¿Por qué a Hanói? ¿Qué se te ha perdido a ti en Hanói?

—A mí, nada. No sé porqué he dicho Hanói.

—Podríamos volver a Ibiza, pero esta vez, a divertirnos de verdad las tres juntas —intervino Patri.

Mis amigas no estaban al corriente de mi experiencia en la cala con Darío. Y no me sentía con ganas de hablar de ello. Volver a Ibiza con ellas no era tan mala idea. Quizás podría encontrarme de nuevo con Darío.

—O a una isla griega, como Mikonos. —Propuso Patri, viéndome indecisa.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. Yo soy empresaria. Me puedo permitir elegir fecha. Sois vosotras las doctoras. ocupadas.

—Antes de repetir el viaje, necesito un pequeño paréntesis.

—Un momento zen. No sé, necesito perderme sola en alguna montaña. Recuerdo un pequeño

pueblo en la provincia de Alicante, el Castell de Guadalest. Es un hermoso y tranquilo pueblecito de montaña. Donde hay buena gente. Veraneaba allí con mis padres en un pequeño hotel rural: Cases Noves. Los propietarios, Sofi y Tony, te hacían sentirte como en casa, eran entrañables. Y sus desayunos inolvidables. Guardo buenos recuerdos de adolescencia de aquel lugar. Hice dos amigas, María y Cristina. De las que mi padre decía que eran la alegría del pueblo, porque siempre tenían una sonrisa para ti en su gesto. Pasábamos largas noches de verano riéndonos.

—¿Quieres volver a tu adolescencia? ¿No es eso un modo de huir de tu realidad?

—¿Mi realidad? ¿O la realidad que otros construyen para nosotros? ¿Elegiste tu ser una divorciada seductora que huye del amor refugiándose en el sexo?

—O tú Lucía, ¿si pudieses vivir sin trabajar, seguirías cada día dedicada a tus pacientes?

—Creo que sí, necesitas unos días de soledad en tu pueblecito de montaña. Tu mayéutica socrática me pone los pelos como escarpas. Es evidente que el mundo nos inventa y reinventa cada día. Y que a cada instante cambiamos. Envejecemos en contra de nuestra voluntad y un día nos vamos de este planeta, sin saber si hay billete de vuelta. Pero mientras tanto, querida Erika, Lucía y yo disfrutamos de la vida. Tú llevas años viviendo en pena, por un tío que se ha pasado quince años deshojando la margarita, sin reconocer su identidad sexual. Y en vuestras pausas sentimentales, te refugiabas en otro inmaduro insatisfecho en su matrimonio con el que te veías a escondidas de su mujer.

—¿Qué quieres que te diga?, a ti no te ha ido mejor que a nosotras.

—A mí me viene mejor dentro de un mes. Aclaró Lucía, mirando su agenda, ausente un poco a nuestro polémico diálogo.

—Yo no tengo problema el mes próximo en el Centro de Salud, tengo todas las vacaciones del frustrado viaje de novios disponibles, más los días por asuntos propios.

—Pues chicas, el próximo mes... ¡viaje loco a Ibiza!

Me cogí cinco días y me marché al Castell de Guadalest. Reservé un apartamento de ese hotel rural que tan buenos recuerdos me traía, Cases Noves. Destino... Guadalest. En un intento por recuperar mi dignidad. Por reencontrarme conmigo misma. En un intento por alejarme de todo. Con Raúl cometí la peor de las traiciones, la que una comete contra sí misma. Dejar de ser la marioneta de Raúl, estaba siendo una extraña experiencia y un duro ejercicio de asertividad.

Al llegar Tony y Sofi me saludaron como si el tiempo no hubiese pasado. Por un momento, tuve la agradable sensación de estar de nuevo en las últimas vacaciones que pasé allí, de recomenzar de nuevo. Como si aquel bonito lugar me anunciase una segunda oportunidad. Hubo muchas cosas en mi fracasada historia con Raúl que no quería, ni podía aceptar, sin embargo, acepté.

Dije tantas veces que sí, cuando quería decir no, que de mí ya no quedó apenas nada. Sobrevivió mi aspecto profesional. A veces tengo la sensación de que fueron mis pacientes los que me salvaron. Por fortuna, ni mi padre, ni Raúl pudieron con la Erika doctora.

Sofi me acompañó hasta el apartamento que me habían preparado. Tuvieron el detalle de darme el mismo de siempre. Solo que esta vez estaría sola. Sofi me recordó los horarios del desayuno y la cena. Me dejó un iPad por si quería reservar el menú a través de su programa. Sofi y Tony, siempre cuidaron los detalles mejor que en algunos hoteles de cinco estrellas.

Me acerqué al ventanal para ver el paisaje, el embalse parecía un lago, rebosante de agua, las lluvias de este año fueron abundantes. En ese momento tocaron al timbre. Cristina y María vinieron a saludarme en cuanto se enteraron de mi llegada. Al abrir la puerta Cristina fue la primera en abrazarme con ese cariño y sinceridad tan difícil de encontrar. María me abrazó con la misma fuerza. Me abrazé a las dos y no pude evitar unas lágrimas.

—Espero que esas lágrimas sean de alegría, después de tanto tiempo —comentó María.

—Estas estupenda, hija. ¿Cómo lo haces? No tienes, ni una arruga —añadió Cristina.

—Gracias por vuestros elogios. Vosotras sí que estáis divinas. Con esa piel luminosa, os veo resplandecientes. No habéis cambiado en nada. Pasar y nos tomamos un té.

—Podéis elegir en la caja del té, tendréis más de veinte infusiones diferentes.

—¿Has venido con tu chico? —preguntó María

—No, he venido sola. No tengo pareja.

— Pues mejor así, disfruta de tu libertad, tú que puedes.

—¿Y aquel novio perfecto? El que estudiaba derecho. ¿Qué fue de él? Te recuerdo enamoradísima de aquel chico. Mi hermana y yo siempre hemos dicho que él tuvo la culpa de que dejases de venir por aquí.

—Fui tan tonta, que dejé que me manipulase de tal modo, que tan sólo íbamos donde el quería, y cuando el quería. Espero que me perdonéis.

—No seas boba, no nos olvidamos nunca de las largas y divertidas noches de verano que pasamos juntas. Y nuestras llamadas de teléfono siempre nos han mantenido cerca, a pesar de no vernos.

—¿Y vosotras? ¿Tenéis pareja?

—Tenemos pareja, e hijas.

— ¿Ya sois mamás? ¿Hijas?

—Una niña cada una.

—Parece que fue ayer cuando nos divertíamos bailando, y nos reíamos de los chicos con granos que se nos acercaban.

—Yo me enamoré de uno de ellos, los granos afortunadamente desaparecieron, era lo único que no me gustaba de él. —Comentó María, bromeando.

—¿Dónde las habéis dejado?

—Con la abuela.

—Ya tenéis listo el té.

—¿Qué pasó con don perfecto?

—Con el tiempo, la verdad resplandece. Y descubrimos que no hay seres humanos perfectos. O de momento yo no conozco ninguno. El chico no tenía clara su identidad sexual, y lo descubrí en vivo y en directo unos días antes de mi boda. A pesar de todo, estoy contenta porque no había enviado todavía la mayoría de las invitaciones. Tomad, aquí están las vuestras. Recuerdo de un fracaso sentimental.

—Esto es solo un sobre, con un cartón dentro. Lo que importa es el detalle. Tantos años, manteniendo solo contacto telefónico. Y te has acordado de nosotras. —Le dijo Cristina, cariñosamente.

—Los recuerdos vividos con vosotras en este lugar, y este pequeño pueblo han sido mi refugio mental en los momentos de tristeza.

—Como sigamos así nos vamos a poner a llorar las tres, dijo María.

—Seamos prácticas, dejemos la melancolía a un lado, y hagamos planes para estos días. ¿Qué os parece esta noche el Tablao Flamenco, para cenar? —Propuso Cristina.

—Ese no lo conozco.

—¿Recuerdas a Pablo y Dulce?

—Claro, hacían una buena pareja. Son encantadores.

—Pues montaron un restaurante con espectáculo de baile flamenco. De una calidad extraordinaria.

—¿Es bueno, el espectáculo del grupo de flamenco?

—Era buenísimo.

—¿Era?

—No sabemos por qué motivo, dejaron de actuar. Una lástima porque alegraban las noches de verano y atraía a muchos turistas. Pensamos que alguien debió quejarse por el sonido de la música.

—¿Tanto duraba el espectáculo?

—Solo dos horas. Terminaba a la diez y media.

—Qué lástima, me encanta el flamenco.

—Ellos también tienen una hija guapísima.

—¿Qué pasa aquí, solo nacen niñas?

—Siempre hemos sido mayoría.

Terminamos el té, María y Cristina querían cambiarse de ropa. Al quedarme sola no pude evitar el llanto. Me sentía víctima, fracasada, engañada. Después de tantos años con una persona, descubres que no sabes con quién te acostabas. No recuerdo cuando me olvidé de mi misma. Me asomé al balcón, había más árboles que hace unos años. El pantano seguía siendo mi lago preferido. El lugar donde algunos veranos me bañaba desnuda al anochecer. Mi pesimismo, mi tristeza y mi sentimiento de fracasada sentimental, fueron disipándose ante la belleza del paisaje.

Me arreglé un poco, no tenía ganas de maquillarme, la verdad es que hace años que dejo de gustarme. En mi adolescencia jugaba con los maquillajes de mi madre, cuando estaba aburrida, y a la hora siempre me lo quitaba. Fui en busca de mis amigas. Llegaron antes que yo. Tenían ya una cerveza en la mano. Me presentaron a sus hijas, dos graciosas, bonitas y encantadoras niñas. Por un momento sentí una envidia sana. Y el deseo de ser madre. ¡Qué complicada soy! Tanto tiempo con un hombre, y ahora siento el tiempo perdido, el deseo de ser madre, y la necesidad de reencontrar mi equilibrio emocional. Toda una vida evitando los amores locos y estaba inmersa en mi propia locura bien disimulada.

—¿Quieres una cerveza Erika?

—Sí, una caña.

—Acompáñame, Pablo y Dulce se alegrarán de verte.

El reencuentro con viejos amigos reconforta el alma. Pablo y Dulce seguían iguales. Me presentaron a su preciosa hija. Y me hicieron sentirme como en casa.

Todo el mundo en aquel pequeño pueblo me recordaba, me reconocían y me trataban afectuosamente. Supe porqué deseé quedarme a vivir en aquel lugar tantos veranos. En los últimos días de vacaciones me ponía triste y si no hubiese estado enamorada de Raúl lo habría hecho.

Mis amigas se pasaron la noche haciéndome reír. Me olvidé de todo. Pablo nos ofreció un buen vino después de las cañas. No sé si fue la última copa de vino o la mistela de Jalón, que llegó con un rico postre que combinaba un magnífico helado de turrón con una exquisita tarta casera, lo que me provocó un estado de “no me importa nada y que no se acabe la noche”. Tras la cena, la tertulia se alargó, las niñas jugaban en la calle peatonal, y los maridos de mis amigas no se encontraban en el pueblo por motivos de trabajo. Con la última copa les hable de Darío. Me pidieron una descripción.

—O estás enamorada hasta las trancas, o exageras bajo los efectos del alcohol —dijo Cristina, sonriendo.

—No exagero.

Nos miramos las tres y nos reímos.

—No quiero enamorarme. Creo que voy a venirme a vivir aquí, con vosotras. Voy a pedir el

traslado a vuestro Centro de Salud.

—¿En serio?

—Te hablo muy en serio. Y si le intereso a Darío, que me busque aquí.

—¿Tienes una foto del chico?

—Le hice una en la cala, a la luz de la luna llena. Solo se ve la silueta de su desnudo. Tenéis cara de querer ver si exagero, ¿o es sana y amistosa curiosidad?.

—Definitivamente se te ha subido el alcohol. No tenemos interés en ver a tu chico desnudo. Pero estamos deseando ver la foto. Por si podemos darte una opinión, un consejo de amigas — dijo pícaramente María.

—Déjate de rollos y presenta a tu chico, —añadió Cristina.

Busqué la foto en mi móvil, y les enseñé un perfil de mi amigo.

—Pues...no, no exageras. —Comentó María, abriendo mucho los ojos y sonriendo.

—A ver, ¡déjame que lo vea! —Dijo Cristina.

María le pasó el teléfono y...

—Joder, ¡qué pedazo de tío!. Esto es un montaje. Te has descargado la foto de algún lado y te estás quedando con nosotras.

Cogí mi teléfono, y les mostré donde y a qué hora hice la foto.

—Vale, vale, no hay truco. Es que el chico parece una escultura. Al menos en la foto. Que después igual en el cara a cara, pierde mucho.

—En el cara a cara, gana puntos.

—Estás enamorada hasta las trancas. Tía mueve el culito y vete a buscarlo.

—No quiero ataduras.

—¿Qué es lo que quieres?

—No sé lo que quiero.

—Entonces, déjate llevar. Si es cierto que lleva tanto tiempo pensando en ti. Será el quién te busque.

—Solo deseo...deseo...deseo...

—Creo que no deberías beber más Erika. ¿Qué deseas?

—No sé lo que deseo

Las tres empezamos a reír. Sufrimos un ataque de risa, que contagió a algunas de las personas que había en el Tablao Flamenco.

La noche fue divertida. Algo corta, había que acostar a las niñas.

Al día siguiente nos fuimos todas a bañarnos en el pantano, las vistas desde abajo, al entrar en el agua, me recordaba a los fiordos noruegos.

Aquella tarde hablamos de las trampas del amor. Les hable del neurotransmisor del amor, de la feniletilamina. Y me contestaron con mucha sabiduría:

—Las cuestiones del amor, no tienen nada que ver con la ciencia. Déjate llevar. Vive, disfruta. No estás para proyectos sentimentales, si es que eso pudo ser un proyecto.

—Todos tenemos un lado emocional y otro racional, lo difícil es encontrar el equilibrio entre ambos. Si encuentras a alguien que te ayuda a encontrar ese punto de equilibrio, no lo dudes Erika, es tu pareja —añadió María

—Y mientras te tomas tu tiempo para aclarar tus ideas, ten en cuenta que vives en una sociedad llena de narcisos inmaduros. Una epidemia de narcisistas de lo más variopintos.

—Tienen suerte los niños que os tienen de profesoras. Se os da bien eso de aconsejar.

—Gracias Erika.

—De nada. Lo digo en serio.

—Míralo por el lado positivo, has salido del fango de esa relación esclava con tu ex, Raúl. Por cierto, paradigma del narcisismo posmoderno.

No pude evitar reírme.

—No te rías, que lo digo en serio. Raúl era un presumido, algo pederro y engreído —dijo Cristina

—¿Como puedes saber tanto de él, si apenas no lo conociste?

—Soy buena psicóloga de vocación y profesora de profesión. Me bastan cinco minutos para darte el perfil del candidato —dijo imperiosa Cristina.

—Ganarías más trabajando en alguna empresa como responsable del departamento de recursos humanos.

—Me gustan los niños, prefiero trabajar con ellos, nunca mienten.

—Eso no es fácil de encontrar en nuestra sociedad —añade Erika.

—No te alejes del tema, ¿has salido ya del fango de tu esclavitud emocional con tu ex, o necesitas un par de patadas en el culo para espabilar? —Le reprende María.

—He salido, y por suerte hace dos días que ya no me pone ningún mensaje. Se ha cansado de no tener respuesta.

—No te enredes en pensamientos irracionales, lo vuestro se acabó y tenéis que pasar página. Y además ese Darío, que nos has presentado. Te ha puesto más cachonda en una noche que Raúl en quince años.

—Es posible que tengas razón.

—Aparta lo que sobra de tu pasado, desvincúlate, dí adiós —sentenció Cristina.

Aquellos días con mis amigas María y Cristina, fueron mi mejor terapia. Regresé al trabajo y a mi vida liberada de la angustia de mi fracaso. Del resto se encargaron Patri y Lucía, que no dejaban de prepararme citas a ciegas. Me enseñaban los usos de ciertos programas en Internet para descubrir perfiles afines a ti. Y de este modo fui descubriendo otros mundos, a veces difíciles de entender.

CAPITULO 7

Jaime, el escrupuloso

Aprende a vivir y sabrás morir bien
(Confucio)

Al principio te sientes atraída por la seriedad, porque sigue siendo una virtud social que todos aplaudimos y si además le añades un poco de desahogo económico, éste se convierte en el candidato perfecto.

Y eso pensé yo a priori de Jaime cuando vino a buscarme en aquel coche impoluto.

¡Madre mía!, dije, espero que nunca me pida abrir el maletero de mi coche, todavía llevo la falda de faralaes que me puse en aquella feria de Abril de Sevilla, a la que nos invitó un famoso laboratorio farmacéutico y de eso hace ya casi un año.

Conocí a Jaime en la fiesta de cumpleaños de un cliente de Patri a la que acompañé un par de semanas atrás. La fiesta fue en el ático de un hotelito cerca de Lavapiés. Una decoración monísima y unos cocteles estupendos. Me presentaron a bastantes personas y entre ellos Jaime. Alto, moreno, ojos oscuros, y bien dotado. Por supuesto, eso fue lo que Patri me susurró al oído mientras nos presentaba.

Desde aquel instante permanecí sentada a su lado. No tengo muy claro porqué, bien porque había estado dos días doblando turno en el trabajo, o simplemente porque me daba una pereza enorme volver a estar en el mercado.

Pero mis queridas amigas insistían en que tenía que explorar nuevos mundos.

Y allí estaba yo, charlando animadamente con aquel chico.

La fiesta terminó. Patri se marchó con su amigo Roge, un festerero insaciable. Y desde la puerta me hizo un guiño de despedida. Yo le mandé un whatsapp diciéndole: cacho guarra, ya me dejás tirada. Mañana hablamos. Un besito

—Jaime —dije interrumpiendo la conversación— me ha encantado conocerte y estoy muy a gusto, pero mañana tengo un montón de cosas por hacer y creo que yo también me retiro.

—Pues si tú te marchas, a mi ya no se ha perdido nada en esta fiesta.

—Te acompaño encantado.

—No te preocupes, me pido un taxi.

—De eso nada, te llevo. Así me aprendo donde vives para la próxima vez que nos veamos.

—Claro, cuando quieras— dije con una cálida sonrisa.

Llegué a casa entera y soltera y nos dimos los teléfonos para establecer la próxima cita.

La cita llegó en pocos días. Nos veríamos para cenar. Algo que en principio no tenía por qué ser ni demasiado violento, ni atrevido.

No pierdo nada, pensé, en todo caso si no me termina de gustar, me despido allí mismo en el restaurante.

Pero los problemas empezaron a aparecer ya en la cena. A medida que pasaban los minutos mi desilusión crecía al tiempo que ese lado oscuro y picarón me recorría todo el cuerpo. El chico en cuestión se iba bufando por momentos cual gato escaldado, cada vez que mi tenedor se abalanzaba sobre su plato para probar la comida. El colmo llegó con el postre, cuando le pedí compartir. En

esos momentos se acercó el camarero.

— Bueno señores, ¿vamos con los postres?

— Sí, por favor. Tarta de chocolate con dos cucharitas.

— Pero Erika! —estalló horripilado Jaime—. ¿Pero tú dónde te has educado?

— ¿Perdona?

— Parece mentira que seas médico. Tú mejor que nadie deberías saber los riesgos que conlleva compartir de este modo la comida.

Yo miraba a mi alrededor buscando la cámara oculta, no puede ser verdad pensé.

— No seas exagerado hombre, tranquilízate que he pedido dos cucharas.

— No me puedo tranquilizar, me parece una irresponsabilidad.

Me quedé mirando a aquel chico, tan guapo, tan elegante, tan paranoico y en un segundo mi libido se hundió en las profundidades del fango sexual, despertando mi temor a la aparición de otro terrorista emocional en mi vida. Pensé en marcharme sin excusa alguna, diciéndole algo así como: pues de besar, ya mejor ni hablamos, gili... Pero como médico sentí curiosidad. Siempre me he sentido atraída por la psiquiatría.

— ¿Te ocurre algo Erika? ¿Te he molestado en algo? ¿He dicho algo inapropiado?

Sus preguntas aumentaron aún más mi intriga como profesional de la salud.

Con la frialdad de un observador científico, me dediqué a observar y a experimentar. Y he de reconocer que en determinados momentos me confundió. Llegué a pensar que en su seriedad, tan solo quiso demostrar que era un hombre pulcro y aseado, que los nervios le habían traicionado.

Todavía no sé por qué quise justificar su hipocondría y enmarcarlo dentro de lo normal. Conforme nos conocíamos, menos dudas había.

— Erika, ¿qué te parece si vamos a mi casa a tomar algo? — Me pregunta Jaime con tono amable y relajado.

— ¡Ah, humm!, bien — ¡Por qué no!, pensé. Además he pillado un punto con el vino y la verdad es que necesito un revolcón. Y este chico debe tener su casa impoluta. Seguro que me enseña hasta sus analíticas, ji,ji.

Al llegar, tuve la impresión de que todo era nuevo. Puso algo de música, clásica, por supuesto.

— ¿Te gusta Mozart?

— No he tenido el gusto de conocerle, pero tiene su puntito — bromeé.

— ¿Su puntito? Mozart!, el músico.

— Claro, claro. Solo bromeaba. Supongo que a todo el mundo le gusta Mozart.

Me sirvió una copa de un cava francés, un Moet. Y yo no puedo probar el cava.

Todas mis amistades saben que me desinhibe de un modo especial. La segunda copa fue la culpable. No pude resistir mi imperiosa necesidad biológica. Y me abalancé sobre él como si fuese la primera vez que lo hacía a mis treinta.

— ¿No crees que deberíamos ir un poco más despacio?

— ¿No te gusto? — pregunté mientras retiraba mis labios humeantes de su gélida boca.

— Todo lo contrario, es porque me gustas muchísimo. Y no quiero que tengas ninguna duda sobre mí.

— ¿Dudas? A que te refieres.

— ¿No crees que sería conveniente que nos hiciésemos unas analíticas antes de mantener relaciones? Si sufres una infección no quiero ser acusado de ello.

— No pienso acusarte de nada, le dije poniéndome la tercera copa.

— Pero si quieres analíticas, mañana te pasas por el laboratorio y te las pido todas. ¿Quieres también la del SIDA?

—Por supuesto, esa es la más importante. ¿Y tú? ¿te las harías por mí? Eso sería una gran demostración de confianza.

—Yo es que acabo de hacérmelas todas. Me las hago cada semana. Comprende que con mi trabajo, no quiero tener remordimientos de conciencia. Ayer me dieron los resultados.

—¿Y?

—Pues todo perfecto, no tengo el SIDA, ni ninguna otra infección. Oye, ¿este cuestionario se lo haces a todas?

Y me acabé la copa pensando que era lo único que me llevaría a casa esa noche: un resacón para la mañana siguiente.

—Mujer, tampoco es para tanto. Hoy en día es fundamental saber con quién andas.

En ese momento, se acercó y me besó con ternura. Me retiré un poco, y le ofrecí la posibilidad de mostrarnos en la próxima cita nuestras analíticas como prueba de nuestro aséptico romanticismo. Fue justo cuando le dije, es mejor que me marche, cuando dijo:

—Disculpa mis hipocondrias, sufrí una mononucleosis en mi adolescencia y lo pasé bastante mal.

Aquella frase me conmovió. Y la libido resurgió como una explosión contenida.

Una corriente recorrió mi cuerpo. De repente el psicópata me pareció un niño indefenso que necesitaba mi ayuda. Y la verdad, el chico era monísimo y el dormitorio espectacular. Mi mentira acerca de mi analítica funcionó. Se relajó y se mostró distinto, como si le hubiesen quitado las ataduras. Sus habilidades me sorprendieron, el cava seguía actuando en mi cuerpo. Todo iba bien, mejor que bien. Tenía prisa y me senté sobre él. Le sentí desesperado por entrar en mí con pasión desenfadada. Me equivoqué, solo fue la apariencia de la pasión. Fue entonces cuando me apartó, diciendo:

—Es mejor que me ponga alguna protección, yo todavía no me he hecho ninguna analítica.

—No te preocupes, soy una doctora con muchos recursos.

—No tardo nada en ponérmelo.

No quise discutir más y le dejé ponerse aquel preservativo. El inesperado problema llegó cuando quiso poner un segundo condón encima del primero.

Aunque parecía tener práctica en ello, se puso nervioso cuando vió mi cara de asombro. El segundo no deslizaba sobre el primero. Tardó unos minutos. Mi deseo desapareció, fulminado por la dantesca escena.

—Hay que tomar precauciones. ¿No crees?

—Claro, claro. —Contesté yo. Mi cara de asombro fue tan evidente, que Jaime algo incomodado me preguntó:

—¿Nunca has visto a un hombre ponerse un preservativo?

—Sí, uno sí. Uno...sobre otro, no.

Su erección casi desaparecida, provocaba una grotesca imagen de aquel hombre, reducido por el miedo con aquel colgajo de latex arrugado. Tomó consciencia de aquella situación cuando le dije:

—Creo que tu esfuerzo ha sido inútil. — Miró hacia abajo, me miró como un niño y me dijo:

—¿Me puedes ayudar?

¿A qué, pensé yo? ¿A liberarte de tantos miedos, o a estimularte de nuevo?

Así fue como tiré de los condones, para estimularle y reanudar lo que parecía prometedor. Metí la pata, se puso histérico:

—¡Noooo!, pero que has hecho! ¿No podrías haber usado tu boca?

—¿Cómo?, ¿sobre el latex?

—Eres un poco cortita para ser médico. ¿No?

—¿Peeerdona?

Antes de que respondiese, ya estaba vestida.

—¿Pero qué haces? —Preguntó

No recuerdo haber respondido, lo último que me pareció oír fue:

—Vas a perderte el polvo de tu vida.

CAPITULO 8

Tony, el guarro

Cuanto más grande es la dificultad, más gloria hay en superarla.
(Epicuro)

Me preparo para un viernes noche de guardia. El nuevo director ha llegado con necesidad de cambios y hemos tenido una semana movidita. Además, no soporto que me den directrices de cómo tratar a mis pacientes. El lunes me pegó la bronca porque me vieron explicándole a una paciente algunos ejercicios de relajación para cuando sufre taquicardias. Cosa que le sucede muy a menudo por sus ataques de ansiedad. Pero a él le parece más efectivo que le recete el ansiolítico y pase al siguiente paciente. Creo que nunca llegaré a ser directora de nada, no soy economista.

A veces tengo la sensación de vivir en un inmenso psiquiátrico. Me paso gran parte de las mañanas recogiendo los vómitos emocionales que muchos de los pacientes arrojan en mi consulta. Hoy es viernes, así que para variar, seguro que nos cae algún coma etílico. Pero Susi, la celadora, ha traído un bizcocho casero para los cafés. Sabe que me encantan. Y ella es como una madre, nos mimaba y nos ameniza las guardias con sus dulces y chismorreos. Lo cierto es que tengo suerte con mis compañeros, somos como una pequeña familia, para lo bueno y para lo malo.

Terminé la guardia aquella noche sin muchos sobresaltos y después de varios cafés, me sentía bastante despejada. Así que aproveché para hacer varias gestiones antes de meterme en la cama. Entre ellas, dejar mi coche en el taller, ya que no lo necesitaría hasta el martes.

Cuando me atiende Jesús, que es el chico que me recepciona el coche, me comenta que en una hora más o menos lo tendría listo.

—¡Puff! —resoplo—. Jesús, pues no sé si dejártelo y volver el lunes. Estoy muerta, acabo de salir de turno de noche.

—Es que estoy terminando la moto de ese chico —responde señalando a mi espalda.

En ese momento se gira un tío alto, corpulento, ojos de color marrón oscuro y estilo deportivo a la par que descuidado.

—No te preocupes Jesús, atiende a esta señorita. Yo puedo esperar.

—No, no, por favor. No te preocupes. Muchas gracias, pero no quiero abusar.

—No es abuso. Ahora para compensar, me invitas a un café y así la espera es más agradable. Por cierto, me llamo Antonio, Tony para los amigos.

—Encantada —y tan encantada pensé—. Yo, Erika.

En la cafetería descubro a un amante de la naturaleza que vive solo porque ama su libertad. El momento fue encantador y el diálogo muy estimulante. Nos intercambiamos los teléfonos y volvimos al taller. Al despedirnos me dijo: —Nos llamamos.

—Sí claro, nos llamamos. —Le contesté. Me sentía algo estúpida por mi respuesta. El chico realmente me había gustado. Recogí mi coche y me marché a casa a dormir un poco.

Me desperté a las siete de la tarde, y ya tenía un mensaje de Tony. Me preguntaba si me apetecía cenar con él esa misma noche. Acepté la invitación y fui a recogerle porque su moto se había quedado en el taller.

Cenamos en un restaurante nepalí y a la salida, le di las llaves del coche para que condujera él

hasta su casa. El apenas había bebido y yo abusé del vino. Habíamos dejado el coche en un oscuro y solitario callejón. Al subir, Tony me preguntó que le había pasado al coche. Le expliqué que había tenido un problema con la cerradura de la llave de arranque y que Jesús al devolverme el coche me dijo que comprara aceite tres en uno y le echase todas las noches.

—Joder, qué cosa más rara. Esto es un Audi.

Ya no le contesté. Me lancé sobre él desinhibida por el alcohol. El me correspondió con tanta fogosidad que me abrió la blusa con un solo movimiento de su mano. Le correspondí con algo de torpeza, inseguridad, llevando mi mano a su bragueta. Fue justo en ese momento cuando escuchamos el sonido del bloqueo de puertas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Tony

—Has debido tocar sin querer el botón de cierre automático. Aquí parecemos dos adolescentes, ¿no sería mejor continuar en casa?

—En casa el segundo, que es el mejor —contestó Tony quitándose los pantalones.

Me resultó muy gracioso ver los malabarismos que hacía para quitarse los pantalones teniendo delante el volante. Así que le propuse pasar al asiento de atrás. Al intentar salir para cambiarnos de asiento, las puertas no se abrían, las ventanillas no respondían. El coche no arrancaba.

—¿Qué pasa aquí? ¿Cómo se abre tu coche? ¿Tengo que arrancarlo?

—No, debería abrirse. No entiendo lo que pasa, ¡estamos atrapados!

—¿Tienes el tres en uno aquí dentro?

—No me ha dado tiempo a comprarlo.

—Creo que estamos jodidos. ¿Por qué no llamas a nuestro mecánico a ver si nos da una solución?

Jesús, el mecánico, nos dijo que en quince minutos llegaría hasta nosotros con una llave inglesa para romper alguna ventanilla y poder salir del vehículo. Le pedí explicaciones de semejante chapuza, contestándome que era largo de explicar.

Los quince minutos, se transformaron en treinta. Volvimos a llamarle, nadie contestó. A los cuarenta y cinco minutos le dije a Tony que se pusiera los pantalones, que no tardaría ya en llegar.

—Erika, si me visto, muero por asfixia en este coche.

—Tienes razón, a mí me empieza a faltar el aire también.

—Voy a intentar romper una ventanilla de atrás, las pequeñas son más fáciles de romper.

Fue entonces cuando lo vi, lo sentí y pude olfatearlo. En el intento de pasar al asiento de atrás, Tony dejó a la vista su maravilloso calzoncillo blanco en mi cara. El problema no era que fuese un calzoncillo clásico, si no la manchita central de color marrón que pude oler en el intento. Efectivamente, era mierda. No tenía escapatoria, ni ventilación. Yo si que estaba atrapada. Tony escuchó unas arcadas

—¿Qué te ocurre, te mareas?

—No, ¡me muero!. Llama a los bomberos, al 112, al ejército... Quiero salirrrrr.

Finalmente nos sacaron los bomberos, quince minutos más tarde. Él, luciendo unos decorados calzoncillos, yo, como recién salida de la ducha, bañada en mi propio sudor y observada por todos los bomberos que miraban hacia mis pezones.

El bombero que rompió la ventanilla, nos dijo: —Un poco mayorcitos para estas cosas en un coche.

Miré a Tony, por fin se ponía sus pantalones. Fue entonces cuando llegó el mecánico con la llave inglesa. Me miró y me dijo: —Cómprate otro coche.

Entre el mecánico y los calzoncillos de Tony, sentí deseos de alejarme seriamente del género masculino durante un tiempo.

Vendí mi coche esa misma semana. No volví a llamar a Tony. Él tampoco lo hizo.

CAPITULO 9

Luis, el celoso

El enamorado celoso soporta mejor la enfermedad de su amante que su libertad.
(Stendhal)

Cuando encontré la foto de Luis cotilleando por facebook, no imaginé que recordaría tantas veces la frase de Stendhal. Al ver la imagen me vinieron a la mente todas esas noches de fiestas universitarias a las que solía ir, a veces sola y otras tantas que me tuve que tragar con Raúl y sus amigos. Le envié una solicitud de amistad y para sorpresa mía, me ha contestado diciéndome que le encantaría verme...

Uff! son las 11.30 y he quedado con Patri a las 12:00 para el aperitivo y ella es muy puntual. De todos modos, en cuanto le diga que tengo novedades me disculpará, como casi siempre.

Patri estaba sentada en una mesa junto a la ventana, nada mas verme por la puerta ya me estaba haciendo una mueca con la cabeza.

—Sí, lo sé, llego tarde —resoplé yo.

—Te he pedido ya el Martini.

—Gracias, es lo que necesito después de un fin de semana de guardia.

—Pues tienes una cara estupenda, quien lo diría.

—Es que después de superar mi última conquista, hacer una guardia todo el fin de semana es casi como ir al spa —Patri explotó en una carcajada

—¡No me lo recuerdes ahora por Dios!, que veo al camarero que nos trae los calamares. Si no me darán arcadas.

—Come antes de que se enfríen y ahora te cuento.

—¡Umm! estos calamares a la romana están divinos —dijo Patri con tono desenfrenado.

—Te cuento. Hace días que me escribo con Luis por email. No se si te suena o no, es un viejo conocido de las fiestas universitarias. Un tío encantador, con mucha labia, que además hacía sus pinitos en una banda de rock.

—Creo que me suena, te empeñaste en llevarme una vez a un garito de esos con música en vivo hace años —Me interrumpió Patri, con tono distraído.

—Sí, ya sé que no son tu estilo, pero ya sabes que a mí me encantan esos sitios. El caso es que no tuvimos mucho contacto en aquel entonces, tan solo un par de encuentros en alguna conferencia y un recital de poesía. Y anoche recibí un email donde me propone vernos y ponernos al día y no sé que hacer.

—¿Por qué?

—Porque en estos momentos tengo cansancio emocional.

—Ya, es que eres demasiado intensa.

—Lo sé, me lo estoy haciendo mirar —y rieron las dos.

—Pero el chico ¿era mono no?

—Tenía una belleza distinta. Lo cierto es que estaba muy flaco, sin apenas culo. Pelo rizado y ojos claros. La verdad es que, durante un tiempo en la facultad, cada vez que lo veía, el corazón se me aceleraba. Inconscientemente hacía lo imposible por tropezarme con él en la cafetería y conversar un rato. Y al mismo tiempo me sentía culpable, porque estaba con Raúl.

—Con Raúl, siempre estuviste a ratos. Tienes que reconocer que un poquito tonta si que fuiste.

Ahora tienes la oportunidad de conocer a quién te atrajo en aquellos días. No te lo pienses.

Hoy es sábado y he quedado a cenar con Luis. Mi Lucy viene en un ratito porque quiere gestionarme el tema modelito. Lo cierto es que la adoro, aunque algunas veces me incomoda mucho sus embrollos, con sus líos amorosos. Ahora está más calmadita con esta chica que ha conocido, y se les ve muy bien, lo cual me alegra. Pero recuerdo aquella vez aquel chico italiano que estaba aquí con una beca Erasmus, pobrecito, casi lo vuelve loco; y como lloraba aquel día cuando me contaba que Lucia se había pasado todo el fin de semana mirando a todo lo que se movía a su alrededor, pero a él ni caso. Resulta que estuvieron saliendo unos meses y en ese tiempo el chico, que era un amor, la invitó un fin de semana a Italia. La familia de Mateo, que así se llamaba, tenía una casa de vacaciones en la Costa Amalfitana y Lucía tardó apenas tres minutos en coger su maleta y aceptar la invitación. Como es lógico, Lucía en plena ebullición de sus hormonas, feromonas y todo el estímulo visual que penetraba por sus ojos como si de un tsunami se tratara, aprovechaba cualquier excusa en las discotecas y bares para escaquearse de su italiano y flirtear con todo y toda la que pillaba.

Como siempre, yo que hago de hermana mayor, el lunes mientras comíamos al terminar nuestro turno, le estaba pegando un pequeño sermón sobre su comportamiento. Pero Lucy siempre que me pongo seria me rebate con alguna de las suyas:

- Tú no sabes reina, me tuve que tragar la misa del domingo —comentó con desesperación.
- ¡Pero, qué dices!, eres tremenda. ¡Hija, si fue en la catedral de Amalfi!
- Ay!, me has pillado —dijo con sonrisa pícara.

Suena el timbre, es Lucía. Abro la puerta.

—Hola, paso corriendo al baño que tengo una emergencia —entró apresuradamente Lucía

—Ya estamos, con villa meona.

—Hija, son los brebajes veggies que me prepara mi novia.

Me había puesto un vestido estampado de estilo boho y unas botas camperas de tacón

—¿Qué te parece?

—Estas estupenda.

—Pues nada me maquillo un poquito y lista.

—¿Y dónde dices que habéis quedado?

—En un marroquí cerca del centro —contestó Erika con incertidumbre.

—Bueno, parece original.

—Sí, al parecer estuvo un par de años trabajando en Marruecos, concretamente en casa Blanca, para una importante compañía de telecomunicaciones. Imagino que así, hablándome sobre la comida, tendrá tema para rato.

—Ya veo —comenta Lucía mirando el móvil.

—¿Ocurre algo?

—No, es Mario, para emitir el directo de mañana.

—Ah, he quedado con Patri para verlo.

—Este es más suavecito, sexo y emociones.

—Ja!, ya sabes como es Patri. En el de orgasmos femeninos casi te da ella la charla.

—¿Estás lista? —pregunta Lucía.

—Sí, vamos.

Nos despedimos en la puerta y cogí el metro hasta el centro.

Llegué al restaurante a la hora indicada, raro en mí. Luis no había llegado. Eso me permitiría ver desde la retaguardia y examinar un poquito el material. Pasados cinco minutos apareció: lo recordaba más alto y más delgado, pero habían pasado 8 años desde la última vez que lo vi.

Se acercó contoneándose satisfecho hacia la mesa. Yo me levanté sin darme cuenta de que el bolso se había enganchado en la silla, lo que provocó que tropezara con ella y cayese atropelladamente sobre Luis. Con tan mala suerte que le metí un viaje en sus partes. Creo que el grito que dio lo escucharon en Málaga. Pero no hay mal que por bien no venga, pues con ello pude comprobar que su masculinidad estaba operativa.

Luis se mostró sereno y seguro de sí mismo durante toda la cena. Tras realizarnos todas las preguntas de rigor para ponernos al día, comenzó a hablarme de su trabajo y de su vida en Casablanca. Su cara se iluminaba al hablar de ello, se notaba que le fascinaba todo de allí.

—¿Y cuanto tiempo dices que llevas en Madrid?

—Regresé hace un año.

—¿Piensas volver?

—Me gustaría, pero se terminó el proyecto para el que trabajaba, por eso regresé.

—¿Y no dejaste nada allí por lo que regresar?

—Bueno, algunas historias tuve. Lo cierto es que allí triunfaba bastante. Además, mi nivel económico era muy distinto al de aquí, así que tenía ciertos privilegios.

—Pero en ese tiempo, ¿no hubo ninguna relación un poco más seria?

—Bueno, mantuve una relación un poco más seria que con el resto de mujeres que conocí.

—Ah, ¿ves?

—Era una chica de una familia con cierta importancia en Casablanca. Pero cuando el padre se enteró, le prohibieron verme.

—¿Por qué?

—Pues ya sabes, la familia ya había acordado su matrimonio.

—¿Y qué pasó?

—Nada, lo dejamos. Tampoco era la mujer de mi vida.

¡Qué rancio hijo!, pensé yo mientras bebía de mi copa de vino. Ya me estaba yo imaginando una historia romántica bañada en el escenario de las mil y una noches. Pero bueno, el chico parece que tiene claro lo que quiere en la vida.

—¿Y tú? —Me interrumpe con tono de intriga.

—¿Yo? ¿Qué? —digo haciéndome la distraída

—¿Que pasó?

—Nada, la vida. Que un día estás aquí y otro en la cera de enfrente.

—Ja, ja, ja.!. ¡Qué graciosa!

Anda mira, si se ríe y todo, pensé yo. Creí que ya había cruzado esa envoltura de hielo que traía, así que le propuse ir a tomar algo después de la cena. Más bien un sitio donde poder bailar. Sí adoro bailar.

Luis no parecía muy entusiasmado con la idea. No era eso lo que yo recordaba de él, o quizás me había hecho una idea equivocada. Lo que sí es cierto, es que lo recordaba siempre con su tercio de cerveza en la mano y sentado en la barra. Y eso mismo hizo al entrar en The Crow. Fuimos directamente a la barra a pedir dos lingotazos. Al segundo trago mis pies ya empezaban a ser hiperactivos y me lancé a bailar. Luis me observaba desde su taburete cual cuervo sobre presa. Yo me dejaba observar. Mientras tanto las botas empezaban a hacerme rozaduras en los pies, así que miré el reloj, eran más de medianoche y al día siguiente había quedado con mi madre. Finalmente, sin más demora decidimos terminar ahí la noche. Nos dirigimos al parking donde él

había aparcado el coche mientras charlábamos de todo un poco: cine, música, libros... Aunque teníamos estilos diferentes, la conversación me sedujo lo suficiente como para desear una siguiente cita. Me acompañó a casa y nos despedimos con dos besos en la mejilla y un quedamos de nuevo.

Me desperté sobresaltada, como era costumbre un lunes por la mañana. Me fui directamente a la ducha, como solía hacer antes de prepararme el desayuno, pero sin remilgos. A las 8:30 tenía que estar en el centro de salud. Pasé la mañana con dos lumbociatalgias, tres trastornos depresivos y una crisis aguda de ansiedad provocada por la retirada de golpe del alprazolam. Un pobre hombre al que su mujer le dejó, fugándose con un bombero tres años atrás, llevándose a sus dos hijas. Después de años tomando el ansiolítico, va y lo deja de un día para otro, sin preguntarme. Le comprendí cuando me dijo, que el ritual de tomar ese fármaco dos veces al día, le recordaba el día que su mujer desapareció con sus hijas y todos los procesos legales, para poder seguir viéndolas. Siempre me enseña la misma foto, donde están los cuatro sonrientes en un bonito jardín. Siempre le digo lo mismo: —Lleva una foto de tus hijas, donde no esté tu mujer, tienes que tomar conciencia de lo que ya no necesitas y librate de ello. Y es evidente que el recuerdo de tu exmujer no es necesario en tu vida. Confía en ti mismo y no dependas de nadie. —Se despide siempre con la misma frase: —Gracias doctora, es usted una buena persona.

Llegué a casa sobre las tres de la tarde. Una ensalada y un zumo de frutas deleitaron mi hambriento estómago. El aviso de cita en mi teléfono me recuerda que a las cinco tenemos clase de yoga, Lucia y yo. Patri dice que ella ya practica en la cama todas las posturas necesarias para elongar todas las partes de su cuerpo. De camino a casa de Lucía paro en el Starbucks para coger dos capuchinos, se que le encantan. Mientras espero veo los mensajes. Hay uno de Luis. Me propone acompañarle a Londres dentro de dos fines de semana.

—Erika,! Erika ¡... A ver, dos capuchinos para Erika

—Eh, ah, yo, yo —dije desde la cola, aterrizando al planeta tierra.

Continué caminando a toda prisa a casa de Lucía.

—¡Hola Cari!. Por fin te vemos. Hija, todo el fin de semana desaparecida.

—¿No te acuerdas?

—¿De qué?

—Que tenía reunión familiar el domingo.

—Ah sí, pero chica estábamos esperando el parte médico de la cita —dijo Lucía con sorna.

—Bien, bien.

—¿Y el restaurante?

—Muy bien. Las raciones bastante completas. Para repetir.

—¿Y el resto de la noche?

—No estuvo mal. Muy formalito el chico, observador y un poco calculador.

—O sea otro coñazo para tu ONG

—No mujer, se fue animando poco a poco.

—Pero ¿hubo beso con lengua?, ¿gemidos?, ¿arañazos?

—No. Fue una cita seria, correcta. Hablamos de la vida, de nuestras inquietudes. Interesante — dije haciendo alarde de madurez.

—¿Y entonces?, ¿hay segunda parte?

—Puede.

—¿Puede?

—Sí. Pero después lo cuento. Cuando estemos las tres, si no me toca contarlo dos veces. Así

que venga, ponte las mallas y las zapatillas y vámonos.

Al salir del gim nos dirigimos a casa de Patri. Vivía en un ático pequeñito, pero con una terraza muy coqueta. Pero al abrirnos la puerta.

—¡Nena, uh!, ¿pero, qué te has hecho? —dije yo con cara de susto.

—Ponerme un tinte.

—¡Joder!, pareces Marilyn Manson —grita Lucía descojonada

—Cabronas. Y vosotras, esas pintas a lo flashdance, ¿son los nuevos uniformes de sanidad? Anda, pasad.

—¿Qué pasa Patri por tu cabecita?, ¿tú cambiándote el color de pelo? —le dije con tono intrigante. Aunque a la muy cerda le quedaba de miedo.

—Bueno hija, no todo el mundo es como tú.

—¿A qué te refieres?

—Pues que si yo me encuentro a mi novio en la cama con otro... no sé, o me tinto el pelo de verde o me hago Hare Krishna.

—¡Qué exagerada! —dije chasqueando la lengua.

—¿Entonces tiene que ver con un hombre? —se apresuró a decir Lucía.

—Sí, uno que me está volviendo loca. Y por no morderme las uñas, me he puesto un tinte —y estalló en una carcajada—. Estoy como una puta cabra. Bueno Erika, saca las copas y Lucía que abra el vino mientras me enjuago el pelo.

—Es Roke, Lucía —dijo Patri al salir a la terraza.

—Pero si es diez años más más joven que tú— saltó Lucía

—¿Y?

—Nada hija, nada. Si tú puedes.

—No me seas pelma Luci.

—Lo que pasa es que para una mujer de mundo como tú, te hacía más con un hombre hecho y derecho.

—Ya tuve uno de esos. Ahora quiero divertirme. ¿O no me está permitido divertirme?, señoritas inquisidoras.

—Para nada. Nosotras queremos lo mejor para ti —sonrió Erika— y si es eso lo que te estimula y te hace vibrar en estos momentos, adelante. Yo te recetaré unas buenas vitaminas.

—Sí, y yo un buen lubricante —añadió Lucía con un guiño.

—Y cambiando de tema. ¿Qué novedades nos traes Erika? —alude chismosa Patri.

—Pues nada chicas, que me han propuesto una escapada de fin de semana en Londres.

—¡Cómo progresamos! Aplauda Patri

Aquel beso unos días atrás en el portal de mi casa no fue como lo yo lo solía imaginar años atrás, cuando suspiraba por él en la universidad. Pero aún así, decidí aceptar la invitación de Luis. Seguía recordando a Darío y la imagen de aquella noche en la playa. Al leer sus mensajes, se estremecía parte de mi cuerpo. Pero él estaba lejos y yo cansada de sufrir. O quizás necesitada de momentos de pasión, que, desgraciadamente, nunca llegaban. Estaba encontrando todo lo contrario.

Tal vez, con Luis sea diferente, pensaba. Si no me lanzo, nunca lo descubriré. Y de momento, no estaba encontrando nada raro en él.

Salimos un viernes por la tarde en el vuelo de las cinco. Aunque era un fin de semana relámpago, me apresuré en enviar un par de whatsapp a mi prima Ana que trabajaba de profesora de español en un College en pleno centro de Londres. Cuando se lo comenté a Luis en el avión, no

pareció entusiasmarle mucho la idea. Yo recelé un poco de su actitud. No le di mucha importancia en ese momento.

El vuelo llegó a la hora indicada. Colocamos el equipaje en un periquete en el hotel y salimos corriendo a tomar unas cervezas por la zona.

Luis parecía tener prisa por llegar al hotel. —¡Qué lástima! —Pensé yo, si esto me hubiese pasado hace años, quizás mi vida habría tomado otro rumbo.

Sin embargo, yo me hacía la remolona. No me apetecía volver al hotel. Londres siempre me había fascinado y estaba encantada de estar allí.

Insistió tanto, que cedí. Me sentí deseada. Pensé que no era capaz de disfrutar conmigo de los rincones de aquella ciudad porque su libido no le permitía desarrollar su creatividad. Y me llevó a la habitación. Entramos sin decir ni una palabra. Se acercó para decirme: —Necesitaba estar a solas contigo. Te deseo.

Nos besamos, en menos de cinco minutos estábamos en la cama. Sus manos eran algo torpes. Se dirigía tan rápido a mis zonas más sensibles que, todo me resultaba mecánico. Cuando estaba empezando a excitarme, a pesar del ruido de la cama y las torpezas de Luis, justo en ese momento cuando comenzaba a disfrutar un poco del momento, él terminó. No fueron ni los once minutos de Paulo Coelho. El chico se disculpó. No sabía lo que le había pasado. Estaba nervioso, hacía meses que no tenía relaciones sexuales. Me pidió que le diese otra oportunidad. Lo tranquilicé, le dije que no tenía importancia. Cinco minutos más tarde estaba durmiendo, y roncaba como un marsupial. Me quedé mirando el techo. Lo peor del encuentro, no fue la premura de sus actos, sino descubrir que no sentí nada con sus besos, ni con sus caricias. Comencé a pensar que no vibrábamos en la misma frecuencia. Los ronquidos me resultaban insoportables, y me sentía usada como un objeto. Me dí una ducha y me masturbé pensando en Darío. Me pregunté con quién estaría el ahora, y si le volvería a ver. Al salir de la ducha, Luis estaba despierto con mi móvil en la mano:

—¿Qué haces con mi móvil?

—Solo pretendía conocerte un poco más a fondo.

—Pues pregunta, ¿he cogido, yo acaso el tuyo?

—Disculpa, sentía curiosidad. Necesitaba saber, si solo estás conmigo o hay alguien más.

—Jamás he estado con dos amores al mismo tiempo. No me interesan los triángulos. Tan solo la idea, ya me hace perder mi equilibrio. Necesito una vida tranquila. Mi trabajo ya genera suficiente estrés. No necesito más.

—Yo opino del mismo modo. No volveré a tocar tu teléfono.

—Voy a dar una vuelta, me gustaría cenar. Vienes?

—Dame cinco minutos, el tiempo de ducharme.

La cena, estuvo cargada de silenciosa tensión. El romántico viaje a Londres, no comenzó como lo había imaginado.

El sábado transcurrió movidito por Londres, visita a Notting Hill y parada en Portobello road para tomar unas muffins deliciosas en una pequeña pastelería.

A mediodía ensalada y sándwich con mi prima en Covent Garden. Ana, mi prima, aprovechó para presentarme a su novio. Un profesor de literatura inglesa que hacía sus pinitos como escritor de teatro. Esa misma noche representaban una de sus obras en el mismo college donde ambos trabajaban.

Tuvimos tiempo para pasar por el hotel, lavarme los dientes rápidamente y coger mi plumífero.

Comenzaba a caer la tarde y la humedad se hacía notar.

Luis se las apañó para no quedar con mi prima y su novio. Realizó un plan B, los dos solos a modo de secuestro. Ilusa de mí, sin darle importancia a tal episodio. Todo cambió durante la cena, en un restaurante muy bonito, he de decir. Luis comenzó a exponerme sus planes de futuro próximo.

—Erika, has pensado en la posibilidad de marcharte del país.

—No, ¿por?

—No sé, si te he comentado que mi próximo proyecto está en Miami.

—Ahh, ¿cerquita de casa no? —dije yo con tono irónico.

—Sí, bueno, es un proyecto para dos años que supondría un gran ascenso para mí.

—Sí es eso lo que quieres...

—Mira Erika, no sé cuáles son tus planes de futuro, pero yo necesito a una mujer de la que sentirme seguro. Una mujer que me aporte estabilidad y me ayude a ascender en mi carrera.

—¡Glups! —me atraganto y toso

—Y tú me gustas. Eres una mujer inteligente, guapa. Podrías ser esa mujer, pero necesitaría estar seguro. Y cuando digo estar seguro, me refiero a que necesito que me seas fiel y me ayudes en todo momento. Y soy muy celoso.

Casi me caigo de culo de la silla mientras miro a mi alrededor pensando que me iban a anunciar como en la tómbola: “ha ganado usted el premio gordo, el celoso, egoísta y posesivo, el top cien de las relaciones”

No dije nada. Mi silencio cayó en lo más profundo del subsuelo. Atónita y reseteando toda la información que mi cerebro acababa de recibir.

¿Cómo se puede ser tan calculador? ¿Dónde queda para este hombre el sentido de una relación? ¿De veras sus neuronas habían quedado tan aplanadas que creía ciegamente todo lo que me había dicho? Mis neuronas espejo quedaron estupefactas, paralizadas. Disparando una alerta: <<NO TENGO NADA QUE VER CON ESTE TIO>>

Reflexioné por un instante y me imaginé una vida en común donde la hipervigilancia y la desconfianza creaban un ambiente sumamente asfixiante. Fue entonces cuando me di un tirón de orejas y una voz oculta resonó desde mi interior “Erika, sal corriendo y no mires atrás. Huye de este estilo paranoide de amor. Es patológico.

Nos despedimos sin más.

—Adiós y lo siento, pero no soy la mujer que buscas. —Por no decirle, háztelo mirar Luis—. No soy quien para juzgar lo que cada uno busca en la vida, ni lo que cada uno está dispuesto a aceptar.

CAPITULO 10

Aitor, el vigorético

El hombre es el único animal que come sin tener hambre, bebe sin tener sed, y habla sin tener nada que decir.

(Mark Twain)

Los días transcurrían en soledad, de vez en cuando me paseaba por Facebook, con la falsa intención de cotillear, en realidad tan sólo le buscaba. Durante meses, algún mensaje mantenía viva mi ilusión y cuando llegaba el silencio virtual me desesperaba. Mis respuestas eran ambiguas. Construí una coraza para protegerme de quien quizás no debía. Y ahora no había mensajes. ¿Seguirá en Vietnam? Él nunca me pregunta por mi vida sentimental. Tan solo quiere saber como estoy. Será mejor que cierre internet. Aún me queda media hora para terminar de pasar consulta y un último paciente que se retrasa. Llamaré de nuevo:

—¡Aitor Ibarria!, ¡Aitor Ibarria!

—Sí, soy yo doctora, disculpe el retraso.

—Ya me marchaba.

—¿Qué le ocurre?

—Me duele el hombro derecho.

—¿Le duele en la elevación del brazo?

—Solo frontalmente.

—Quítese la camisa, por favor. Voy a examinar esa articulación.

Al quitarse aquella camisa, apareció un torso bien musculado. Por un momento la imagen de Darío en aquella cala de Ibiza reapareció en mi memoria.

La palpación de aquel hombro junto a mi recuerdo de Darío, me estremecieron. Aquel hombre no era Darío. Y su recuerdo permanente comenzaba a resultar enfermizo. Tal vez, fuese eso, su recuerdo lo que no me permitía tener una relación con otra persona.

Me excedí pensativa en el tiempo de reconocimiento en el hombro de mi paciente. Me miró muy serio y me dijo:

—Doctora, tiene usted unas manos que curan.

—Sufre usted una periartritis escapulo-humeral

—Me lo puede traducir al cristiano.

—Tiene usted una inflamación de la articulación, con una tendinitis del supraespinoso, el tendón que le permite la elevación frontal se encuentra inflamado. ¿Ha sufrido alguna caída recientemente?

—Hace un mes, sufrí un accidente de moto. Este hombro paró el golpe contra el suelo. Pero no me dolió en aquel momento.

—A veces las pequeñas lesiones de tejido blando dan la cara pasados algunos días.

—¿Tiene cura? Necesito entrenar al máximo rendimiento.

—Tome un ibuprofeno retard de 800 mg al día después del desayuno, y un omeprazol de 20mg con él. Al salir le darán la receta.

—Gracias, Doctora.

—Si en quince días no desaparecen las molestias, venga por mi consulta de nuevo.

—¿No hay nada más rápido?

—Le daré una cápsula diaria de ciclobenzaprina por la noche. Le provocará un efecto miorrelajante.

—Estoy convencido de que sus manos me darían mejor resultado.

—No soy fisioterapeuta, lo siento. Fuera le darán su receta. Espero que se recupere usted pronto.

—Gracias.

Al salir del Centro de Salud, Aitor estaba en la puerta. Se dirigió a mi para decirme, que el omeprazol no le sentaba bien. Le producía flatulencias terribles. Que en una ocasión los vecinos le llamaron la atención. Según ellos no les dejaba dormir. No pude evitar reírme de sus comentarios.

—Estas bromeando, ¿no me lo dirás en serio?

—Fue lo primero que se me ocurrió.

—Algo escatológico, ¿no crees?

—Mucho si, pero te he hecho reír. Que te hacía falta.

—¿Qué quieres Aitor?

—Tu número de teléfono, o cenar contigo.

—Soy tu doctora Aitor, no intimo con mis pacientes.

—Cambiaré de médico

—No te parece que vas demasiado rápido.

—Te invito a cenar esta noche, solo te pido dos horas, sino paso el examen, lo comprenderé y no volveré a esperarte en esta puerta.

—Lo siento Aitor, hoy no puedo.

—Mañana entonces.

—El sábado, dame tu número, yo te llamaré.

Aitor me dió su tarjeta.

—Un arquitecto culturista. Extraña combinación.

—Que pasa con los arquitectos. No tenemos derecho a ir al gimnasio.

—Si, claro. No se porqué asociaba más el tenis o el golf a vuestro mundo.

Llegó el sábado, Aitor me recogió en un flamante Porsche Cayenne. Nunca me han impresionado los coches de lujo. Aunque he de reconocer que este era muy cómodo. El lugar elegido para cenar fue a juego con el coche. Aitor me preparó una sorpresa en un reservado de un bonito y lujoso restaurante con un violinista tocando exclusivamente para nosotros.

Un derroche de medios, que no me estaba impresionando, no entendía como en una primera cita, invertía tanto esfuerzo, sin conocerme apenas. Ya escarmentada por mis decepciones sentimentales, comencé a buscar su perfil psicológico. Lo primero que se me ocurrió es que la tenía pequeña y quería compensar con todo aquel despilfarro. Después barajé otras posibilidades: complejo de inferioridad, o tal vez un trastorno límite de la personalidad. O quizás el chico simplemente era un pedorro, engreído, petulante y arrogante. El violinista me estaba poniendo de los nervios, los platos eran enormes y el contenido mínimo. Entre plato y plato pasaba media hora. Afortunadamente el chico acertó al pedir un cava francés para cenar y he de reconocer que nuestra conversación resultó interesante e incluso, en algunos momentos seductora. Al terminar me propuso tomar una copa en su casa. Acepté porque la velada fue mejorando con las horas y el postre, que fue un placer para mi paladar. Sentía curiosidad, y no podía evitarlo. Aitor me recordaba a Darío. Al llegar a su casa, no pude evitar exclamar:

—Esto no es una casa Aitor, esto es un palacio.

—La diseñé yo.
—Lo suponía. ¿No te pierdes aquí dentro?
—A veces no encuentro lo que busco. Ven te enseñaré el jardín.
—Precioso. ¿También lo has diseñado tú?
—Sí. ¿Qué quieres tomar?
—Nada, gracias. ¡Coño! Pedazo de piscina. ¿Es de adorno o se puede usar?
—¿Te apetece un baño?
—No he traído bañador
—Tampoco nos hace falta, prometo no mirar.
—Tú primero, soy algo tímida

Al quitarse la camisa, Aitor dejó un torso perfecto al descubierto.

Sin embargo, me pidió disculpas por su barriga.

—Siento lo de mi barriga.

—¿Qué le pasa a tu barriga? ¿Los gases?

—No, no tengo ese problema. Es este pliegue que me cuelga bajo el ombligo.

—¿Qué pliegue?

—Vamos, tu eres médico, ¿No lo ves justo aquí, bajo el ombligo?

—Solo veo, un montón de músculos, propios de un profesional.

—Es este pequeño pellejo, bajo el ombligo, lo que me preocupa.

Fue en aquel momento, cuando descubrí su perfil. Me encontraba ante un vigorético.

—¿Cuántas horas entrenas por día?

—Muy pocas, solo cuatro.

—¿Y cuántos días?

—Todos, por supuesto.

Ya no tenía duda, otro neurótico obsesionado con su cuerpo. Otro narcisista presumido e inseguro. Sentí deseos de marcharme.

—Disculpa Aitor, pero he olvidado que me dejé la lavadora en marcha. Y a veces se sale el agua. No te molestes en llevarme, me pido un taxi.

—Es por este pliegue en la barriga, ¿no? Me lo haré operar.

—Aitor tienes un cuerpo perfecto.

La cabeza no tanto, pensé

—Si te entiendo, es normal que este pequeño pliegue te de asco.

Si su perfecto abdomen le da asco, que pensará de los labios de mi vagina. Llamé a un taxi, y no dejé mi teléfono.

Aitor cambió de médico. Nunca más supe de él, imagino que no encontró cirujano que le operase su inexistente pliegue.

CAPITULO 11

Cuando el amor llega

En un beso, sabrás todo lo que he callado.
(Pablo Neruda)

Pasaban los días, mirar el Facebook de Darío se convirtió en un ritual. Buscaba sus mensajes. No sabía si lo amaba, con ese romanticismo que exagera la imaginación de aquello que pudo ser y no fue.

Algunos días deseaba liberarme de los lazos de su recuerdo. No quiero confundir mi dependencia afectiva con el amor. En estos meses deshojando hombres como margaritas, he aprendido a quererme a mí misma, era una cuestión de dignidad. He recuperado mi centro, me siento digna y sin embargo me siento sola. Mi cerebro racional en esos momentos lucha contra el emocional y me siento vulnerable. En el amor hay que elegir entre dos opciones. Darío o mi libertad. Si no hubiese sido víctima de un amor enfermizo, quizás no me estaría complicando la vida de esta manera. Después de vencer el apego afectivo y sentirme dueña de mi vida, ¿por qué no puedo dejar de pensar en él? En estos momentos siento que sufro un cortocircuito mental. No contesto mensajes...No acudo a fiestas...No veo mucho a mis amigas. Sumida en un completo celibato, cansada de tanto esfuerzo emocional y de la inmadurez de algunos hombres. Con todo, me siento libre y muy segura de mí misma.

Por fin hoy otra poesía en el Facebook de Darío despertaba mi esperanza:

No te rindas, por favor, no cedas,
Aunque el frío queme,
Aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se esconda, y se calle el viento,
Aún hay fuego en tu alma,
Aún hay vida en tus sueños.

Querida Erika esta poesía no es mía, es de Mario Benedetti, pero sus versos mantienen viva mi esperanza de reencontrarme contigo de nuevo en aquella cala, en algún café del viejo Madrid, o en tu adorado refugio, ese hermoso pueblo de montaña, El Castell de Guadalest, que en sí mismo parece una escultura viva integrándose en la montaña. No te olvido.

Decidí contestar, me quité la coraza, puse mi alma al descubierto para decirle:

—En todo este tiempo no te he olvidado, Darío. Tan solo me he escondido de lo que siento por ti. Después de mi fracaso sentimental con Raúl. He buscado inútilmente mi libertad, pero todos los caminos me devuelven a ti. Te veo por todas partes, te busco cuando camino esperando encontrarte en cualquier instante.

Al día siguiente, al levantarme, lo primero que hice fue buscar su respuesta, allí estaba:

Seré esa isla rota de soledad soñada,
Donde refugiarte de todos tus fracasos.
Seré la sepultura de tu desamor,
La puerta que cierre un pasado

De besos malgastados.

Esta, si es mía. Ven a Hanói, o voy yo donde estés. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro. Te he amado siempre.

CAPITULO 12

Romance en Vietnam

No hay nada que un hombre no sea capaz de hacer cuando una mujer le mira
(Giacomo Casanova)

Dos días más tarde compré un billete a Hanói. Le escribí:

—Mi avión sale en tres días, en vuelo directo Madrid-Hanói, llegaré el próximo sábado a las 22,30h.

Darío me contestó al instante: —Te estaré esperando.

Once horas y media de vuelo, por algún motivo, pase la mayor parte del trayecto durmiendo. Solo tenía tres semanas de vacaciones. Y una inmensa ilusión propia de una adolescente que ha encontrado su primer amor. Al llegar, me sentí en otro planeta. No entendía nada. Un idioma extraño. Muchos hombres se acercaban ofreciéndome taxi. Me sentía perdida e indefensa. Me pregunté qué estaba haciendo allí. Fue en ese momento cuando sentí su mano en mi hombro que todo tuvo sentido. Me abrazó, me estremecí, me besó y supe que no me había equivocado. Fueron las mejores tres semanas de mi vida. Darío era el amante perfecto en el lugar más exótico de este planeta. Paseamos por la bahía de Ha-Long en un viejo barco. Darío había alquilado una cabaña en una playa desierta en aquella preciosa bahía. Fue la semana más bella de mi vida.

Darío me hizo sentir viva, como jamás me había sentido antes.

La primera noche en aquella cabaña me regaló sus caricias, sus manos curaban todas mis heridas emocionales, su sexo me hizo sentir plena, aquella noche me susurro:

—No te vayas nunca más de mi lado y bésame antes de que te olvide.

FIN

Contenido

[Créditos](#)

[Personajes](#)

[Capítulo-1](#)

[Capítulo-2](#)

[Capítulo-3](#)

[Capítulo-4](#)

[Capítulo-5](#)

[Capítulo-6](#)

[Capítulo-7](#)

[Capítulo-8](#)

[Capítulo-9](#)

[Capítulo-10](#)

[Capítulo-11](#)

[Capítulo-12](#)